

La Ilustración Artística



AÑO XV

← BARCELONA 15 DE JUNIO DE 1896 →

NÚM. 755

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SÉNECA estatua de Francisco Viciano Martí

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Castelar. — *Enterramiento de Felipe II*, por R. Balsa de la Vega. *Los tres elementos del drama*, por José Echegaray. — *Las fiestas de la coronación del tsar*, por X. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Dos anónimos* (continuación). — *Pelar la pava*, por B. M. — *Julio Simón*, por Ll.

Grabados. — *Séneca*, estatua de F. Viciano Martí. — *Enterramiento de Felipe II*, grupo escultórico de Pompeyo Leoni. — *La coronación del tsar Nicolás II*, tres grabados. — *El príncipe heredero de Anhalt Dessau al frente de una cabalgata.* — *Primavera de la vida*, dibujo de J. Llovera. — *Salida del taller*, dibujo de Angel Huertas. — El teniente de navío Carlos Butrón. — El general italiano Federico Menabrea. — *Pelando la pava*, cuadro de Juan García Ramos. — Julio Simón. — *Morfeo*, estatua de Juan Solá y Vilabella.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La Roma de Zola. — Equivocaciones históricas imputadas al escritor por los críticos. — Conexiones del cisma de Oriente y el Imperio de Occidente con la coronación del tsar. — La catástrofe horrorosa de Moscou. — Insurrección de Creta. — Nomenclatura del marqués de Noailles como embajador de Francia en Berlín. — Los Orleanes y los bonapartistas. — Conclusión.

He leído con sumo interés, de un tirón, pues en los días consagrados á su lectura, imposible alternarla con otra ninguna, el volumen por Zola erigido á la Ciudad Eterna. Lo confieso: yo tengo con la escuela realista dentro de mi criterio estético empeñado un porfiadísimo combate como el antiguo de los clásicos empecatados con la escuela romántica. Pero esta enemiga de mi espíritu al sistema se compadece y armoniza con mi admiración al escritor, considerado por mí como un gran estilista. El asunto en este libro tratado, excede á todos los otros asuntos varios, sobre los cuales bordara Zola el cañamazo de sus libros, pues el pontífice realista escoge la materia de los escritos suyos, como escoge un diestro bordador los patrones ó modelos, puntuándolos para mayor comodidad con alfileres ante su apercebido telar ó bastidor, que, montado como una máquina, marcha con regularidad maquina. A causa de la materia suya, este libro por un lado toca en el cielo de las ideas y por otro lado en el infierno de los proletarios. Dilucida la cuestión teológica y dilucida la cuestión social. Trata de los esfuerzos hechos por el Pontífice para unir la Iglesia griega con la Iglesia romana en unas encíclicas, y de los esfuerzos hechos para unir el capital y el trabajo en otras encíclicas. Mas lo que principalmente fija su atención, según lo dice al final de su obra, es la idea lanzada por el ilustré Brunetiere tras una entrevista con el Papa sobre la bancarrota irremediable del humano saber y de las ciencias humanas ante los dogmas y los consuelos religiosos. Lo ha comprendido así el gran crítico; y ha hecho que fulminaran desde su acreditado libro quincenal, *Revista de ambos mundos*, un anatema literario sobre la frente de Zola, llamándole industrial ante todo y sobre todo, más industrial que literato.

Y para mostrar su tesis, le saca varias equivocaciones históricas, entre las cuales, como capital y primera, el error de confundir la fecha en que fundó Carlomagno el imperio de Occidente con la fecha en que fundó Focio el cisma de Oriente. Libreme Dios de acudir á la defensa del escritor francés, que no lo necesita, pues hartó sabrá él defenderse. Pero mi sinceridad me obliga desde luego á decir que si hay un error cronológico en juntar el cisma de Oriente á la coronación de Carlomagno, seguida del establecimiento de los emperadores occidentales, por haberse verificado esta coronación la Nochebuena del ochocientos y haber nacido Focio, el divorciador de las dos Iglesias, quince años más tarde, no proclamándose tal divorcio hasta el setenta y ocho de la novena centuria, el enlace histórico de uno con otro hecho, estudiada la historia, resulta manifiesto; pues nunca el Patriarca de Constantinopla hubiera excomulgado al Papa de Roma, si los emperadores bizantinos, deseosos de conservar la suprema dirección civil del mundo cristiano, á cambio de conservar en el Papa la suprema dirección religiosa, no vieran temibles rivales, muy desconcertadores de su plan histórico y muy opuestos á su dominación universal, en los emperadores carlovingios. Zola, gran escritor, digan cuanto quieran sus enemigos, tenía el criterio acostumbrado á la lente del microscopio, á la lente del análisis, y como hay que mirar á Roma, por su distancia de nosotros en los espacios del tiempo, con un telescopio, de aquí algún que otro insignificante yerro cronológico.

¡Y cómo Rusia enlaza la historia suya con el cisma griego! ¡Cuál abigarrado imperio el imperio moscovita! Hay que volver á la continua los ojos hacia él, no solamente por sus fiestas de la coronación, por los

horrores que han acompañado á tales fiestas. Imperio semi-oriental, iglesia semi-bizantina, pueblo semi-bárbaro con aristocracia de sin igual cultura; siervos apenas conocedores de la recién recibida personalidad; ejércitos abigarrados y semejantes á los nómadas de las terribles irrupciones germánicas; cruzadas propias de la Edad media que van á Constantinopla como nuestros abuelos iban á Jerusalén; czares pagados de su omnipotencia y despedidos ó derribados del trono, como se derriban los bueyes en las carnicerías; conspiradores, cuyos destierros á Siberia ó cuyos cuerpos en la horca testifican su existencia, pues los tomaríais por seres sobrenaturales y fantásticos, según los misterios en que van como envueltos y las catástrofes que siembran á su paso; expediciones comparables á las más atrevidas de los tiempos mitológicos; pueblos evocados del sepulcro donde yacían hace tres mil años; el extremo absolutismo aliado con la extrema República: he ahí lo que Rusia nos ha traído á las mientes en sus fiestas de la coronación, sólo comparables con los aparatosos espectáculos del antiguo tiempo y del antiguo mundo asiáticos.

Cuentan que, pocos días antes de su muerte, como se hallara Nerón tocando la cítara en el teatro de Parthénope y sobreviniera terrible terremoto, proveniente de una erupción del Vesubio, continuó tañendo sin perder el hilo de la sonata, ni mostrar en sus dedos, productores de notas, la menor vacilación. Y sin embargo, aquel terremoto le anunciaba, según los historiadores y los filósofos del tiempo, su destronamiento y su muerte. Cuentan que, al entrar en Francia la pobre Antonieta de Austria, le presentaron, en el primer pueblo de la frontera un tapiz reproduciendo los incendios del palacio donde habitaba Jason y el destrozo de sus hijos por Medea irritada. Pues no existe historiador alguno, en estos tiempos racionalistas, capaz de olvidar cómo tomaron por anuncios de catástrofes tales coincidencias los contemporáneos, cuando todo á la infeliz reina sonreía y no se asomaba nube ninguna por el borde y límite de los risueños horizontes. La superstición tan extendida que de las mesas expulsa el número trece, originase del acto más sublime que guarda la vida del Salvador en los Evangelios, de la noche aquella en que instituyó la Eucaristía. Nadie quiere ser ahora lo que fuera entonces Judas, el número trece. Lo creeréis, ó no lo creeréis; mas, como quiera que las fiestas de Moscou se han rematado por una catástrofe, donde hubo cuatro mil víctimas, entre muertos y heridos, catástrofe que podría creerse un ciclón como los que devastan América, ó una erupción como las que soterraron á Pompeya, y es en puridad el aplastamiento de unas personas por otras, al ir todas desaladas en busca del bock, ofrecido á sus labios por la magnanimidad imperial, todos ven un pronóstico nefasto del reinado que parecía comenzar bajo sonrientes y felicísimos auspicios. Muchos implacables, pasando de seguro ante los cadáveres hechos por la sed rabiosa de cerveza, pararán las mientes mismas en ellos que si pasaran delante de cuatro mil moscas ahogadas en cerveza y encojeránse de hombros al recuerdo de la superstición. Pero bien puede asegurarse no ha existido uno solo, entre los lectores del telegrama terrible noticiando la muerte ó la desgracia de cuatro mil vasallos del czar, malheridos unos, aplastados otros en el momento de acercarse á los manantiales de cerveza desatados en celebridad y festejo de la coronación, que no haya visto un augurio nefasto para el joven inexperto emperador y su infinito imperio.

Y esto aparece tanto más natural cuanto que coincide con el anuncio de la cretense insurrección en los mares helénicos. Un día estaba el último emperador ruso en visita solemne al hoy emperador austriaco, cuando llega la noticia de haberse insurreccionado la mitad de Bulgaria defendiendo y proclamando una inmediata unión estrecha con la otra mitad, separadas y divididas las dos por el tratado y Congreso de Berlín. Al saber aquello, se despidió de su colega Francisco el cuitadísimo Alejandro y no paró hasta su encierro de Fatchina. Pues aquella despedida fué también la despedida de su alianza con los otros dos emperadores del Norte; y esta despedida el germen de la triple unión entre Austria, Italia y Alemania, como de la doble unión entre Rusia y Francia. Otro día tornaba el emperador austriaco por mar de una entrevista sobre las lagunas vénetas con el rey de Italia, y supo durante su viaje la insurrección en Bosnia. Pues de aquella noticia provino la última cuestión de Oriente; la cual separó las dos Bulgarias del seno de Turquía y unió Bosnia y Herzegovina con Austria; y uniendo á los rusos Besarabia contra el deseo de los rumanos, tendió el

punto por donde pasaran los moscovitas á bautizar otra vez de cristiana la sacratísima Santa Sofía.

Hablemos de Creta. Esta isla tiene una inmensa importancia geográfica en el Oriente marítimo de Grecia; y como tiene una inmensa importancia, es objeto de numerosas codicias. Los fenicios la civilizaron en tiempos prehistóricos. Grecia la escogió como una especie de región intermedia donde aclimatara las ideas, las instituciones, las divinidades asiáticas en su paso á Europa. Se la disputaron fenicios y griegos como á Sicilia romanos y púnicos en los tiempos antiquísimos; dorios y jonios más tarde; mientras genoveses y venecianos y turcos y helenos y egipcios en los tiempos modernos. El año sesenta y seis, aun el año sesenta y siete, mantuvo espantosa guerra con el sultán de Constantinopla. Ofrecieronle, para con promesas reducirla, ya que no podían por armas contenerla, un gobierno propio, representativo, y le cumplieron lo prometido, después de contenida y sujeta, como cumplen los turcos de antiguo, con muchas palabras, ilusorias, nunca seguidas de actos efectivos. Ahora se les acabó como á los armenios la paciencia. Y removiendo mucho ellos, mandaron los sultanes de gobernador al valeroso albanés y hábil diplomático Turhkam-Bey, embajador hace poco de Constantinopla en Madrid, y de los madrileños apreciadísimo. Pero se ha dado tal traza, que ha conmovido al país y exacerbado los ánimos, que no desarmarán á las promesas ilusorias ahora, sino á las concesiones reales y efectivas. Pero, entretanto, he ahí un estadio nuevo, donde Inglaterra quiere desquitarse de las humillaciones á ella infligidas por Rusia en Armenia. Y de tales desquites diplomáticos, ¿no podría surgir la guerra universal?

Deben andar por todo extremo intrincados los problemas diplomáticos, cuando apela el gobierno francés, buscando un hilo conductor en este inexplicable laberinto, á los antiguos maestros. Por tal estimó la persona singular que hoy expide como embajador París á Berlín. El marqués de Noailles pertenece á los nobles antiguos, pudiendo con las testas coronadas hoy codearse, y ostenta los necesarios timbres para blasonar el más empingorotado palacio del antiguo hierático barrio de San Germán, destruido ya por la piqueta demoledora de los antiguos monumentos. Su abuelo quizás, ya votó en la noche creadora del mundo moderno, en la noche del cuatro de agosto, el catálogo de los derechos humanos, á cuya proclamación cayeron las Bastillas en fragmentos y se levantaron al goce de la libertad y de la vida los antiguos esclavos. Pariente de Lafayette, miembro del Congreso que dió la primera constitución á Francia, cuando la excelsa conspiradora contra esta Constitución Antonieta de Austria volvía cautiva desde la regia calaverada de su fuga para dar el golpe de Estado, al bajar cautiva y cautiva entrar en las Tullerías, aguardando y mereciendo el Temple, Noailles le ofreció su brazo para subir á los reales salones y no lo aceptó. Pues abrazos así, que tanto cooperaron á destruir la vieja monarquía, deben cooperar á sostener ahora la nueva República. Eso quiere decir este nombramiento, hecho como está por un hombre del mérito verdadero y del porvenir brillantísimo del hoy ministro de Negocios Extranjeros, no sólo por la elevada inteligencia de mi amigo el marqués de Noailles y por los servicios prestados en Roma durante un período tan azaroso como el precedente al protectorado francés de Túnez, sino por significar la reconciliación entre la forma de gobierno republicana y aquellos hombres y aquellas clases que deberán servirle de verdadero lastre.

Y esto es tanto más necesario cuanto que no saben los candidatos al trono francés lo que se pescan. El duque de Orleans acaba de arrancarse nada menos que por el plebiscito, fundamento del cesarismo, trono de la dinastía cesárea. Por más posiciones que quieran tomar al arbitrio del propio albedrío los pretendientes á la corona, cada cual personifica su respectivo sistema, no compuesto y arreglado por ellos á su capricho, heredado de sus mayores. Perfectamente sabía esto el último Borbón francés, cuando se amortajaba en el sudario de la bandera blanca, y no quería presidiera su duelo el nieto de los regicidas, que olvidado así de la propia significación como del antiguo destino suyo, partió de Chambord para concluir en Boulanger. Los Borbones de la rama primera personificarán siempre la vieja legitimidad, los Bonapartes de la revolución representarán el cesarismo victorioso y el plebiscito en ejercicio; los Borbones de la rama segunda, los Orleanes, representarán siempre la monarquía templada y el régimen parlamentario. *Sic fata voluere.*

Puebla de los Infantes, 5 de junio de 1896.



ENTERRAMIENTO DE FELIPE II

15 de junio de 1598

Célebre grupo modelado y fundido en bronce por Pompeyo Leoni, existente en el lado de la Epístola en la iglesia del monasterio del Escorial.

Al hablar del enterramiento del emperador Carlos V he transcrito el párrafo primero de la escritura que firmó Pompeyo Leoni, comprometiéndose á dar fundido este otro de Felipe II en junio de 1598. En efecto, según los documentos que de este asunto tratan, archivados en Simancas y registrados por Plou (correspondiente de la Academia de San Fernando), llegaron de Milán las estatuas, excepción hecha del manto de Felipe II, que había sido colocado hacía unos ocho meses, con objeto, según reza la escritura citada, de ganar tiempo en el planteado y labrado del sitial.

Felipe II, acabado por la gota y presintiendo cercana su muerte, quiso ver las estatuas. Al efecto mandó disponer lo preciso para trasladarse de Madrid al Escorial; pero el mismo día en que debía emprender el viaje, un gran ataque de la enfermedad puso tan en peligro su vida, que según sus propias palabras, creyó no lograr el doble objeto de morir en el real sitio y contemplar su efigie.

Repuesto un tanto del doloroso padecimiento, mas sin poderse mover, ordenó de nuevo que se dispusiera la marcha para entrar en el Escorial el día de la fiesta de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y tendido en una litera, deteniéndose la comitiva á cada instante para que pudiese descansar de los agudos dolores producidos por el ligero movimiento que al vehículo imprimían los mulos que lo transportaban, llegó Felipe al real sitio.

Al otro día, 30 de junio, se hizo conducir en una silla de manos hasta el lugar donde se hallaban las estatuas.

Son éstas cinco: la del rey, la de su cuarta mujer doña Ana, la de su tercera doña Isabel, la de su primera esposa doña María de Portugal y la de su hijo el príncipe D. Carlos.

Todas son bellísimas obras de arte, que además de su valor como datos icónicos, lo tienen grandísimo como ejecución.

De esto diré algo más adelante, pues ahora creo de interés exponer algunas observaciones que me ha sugerido siempre la contemplación de las estatuas de este enterramiento.

* *

Como habrán observado los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, falta en el grupo la efigie de María Tudor, reina de Inglaterra y esposa segunda del rey Felipe.

Esta omisión pudiera acaso disculparse por haber muerto María en Londres y haber sido enterrada en Westminster; mas á pesar de esto, alguien ha creído ver algo que obedece á otro orden de consideraciones, en lo de preterir, mejor dicho, eliminar del

grupo citado á la desdichada esposa segunda del segundo de los Austrias.

Pero sean los que quieran los motivos ó las razones que llevaron al fundador del monasterio del Escorial á ese extremo con la única de las esposas que le quiso con verdadero amor, acaso por la diferencia de edades, es lo cierto que se presta á hondas y curiosas reflexiones el hecho.

Como no se prestan á menores las efigies del príncipe D. Carlos y la de la tercera esposa de su padre, aquella que hizo exclamar á uno de los más grandes poetas españoles de este siglo, poniendo la exclamación en boca de la reina citada doña Isabel, el siguiente tan sabido verso: *¡Ay infeliz de la que nace hermosa!*

La leyenda, el pueblo, las imaginaciones de los poetas y de los novelistas han hecho inmortales ambas figuras.

No puede mirarse aquella estatua de la tercera mujer de Felipe II sin recordar sus novelescos amores con su hijastro, amores cuya existencia ha venido á negar la historia.

En vano las investigaciones más recientemente practicadas respecto de la vida privada y pública del hijo de Carlos V echan por tierra la fábrica del cuento interesantísimo cuanto dramático de un cariño ciego entre madrastra é hijastro; la fantasía cree en ese cariño; más, le ama por lo que tiene de romántico, de ideal, de terrible, puesto que concluye con la trágica muerte del príncipe. Dicen los historiadores que D. Carlos era mal conformado, que su rostro acusaba idiotéz y carácter violento; que la reina Isabel, bondadosa, pero no enamorada, le dispensaba un gran cariño, teniendo en cuenta lo enfermizo del hijo de su marido. Todo esto será cierto, no opongamos dudas á datos irrecusables; mas contemplando aquellas figuras que modeló Pompeyo Leoni, iparece como si la historia ejerciese el papel de encubridora de un crimen grande, cual es el de matar un padre, por celos, á su propio hijo!

La última del grupo es la estatua del príncipe, de cuya muerte es lo cierto que aún se ignoran las causas y de cuya prisión no puede dudarse.

Miradla con detención y veréis que si el rostro no tiene bellezas, tampoco fealdades chocantes; y aun cuando el retrato por el cual hubq de modelar Pompeyo la faz del primogénito de Felipe II no reprodujese con toda exactitud los defectos del original, al fin y al cabo lo trazara un pintor tan excelente como Moro, del que se guarda en nuestro riquísimo Museo Nacional el famoso de María Tudor, hecho en Londres por el célebre artista meses antes del casamiento de la hija de Enrique VIII con Felipe, y en ese retrato se aprecia la verdad que guió siempre el pincel de Moro.

En cambio, una decepción grande viene á amenegar en parte los entusiasmos románticos, la emoción estética que el drama forjado á propósito de los amores de Carlos é Isabel produce en el espíritu popular; esa decepción es la estatua de la reina. En vano se busca en aquella cara de regulares facciones la belleza que la leyenda le adjudica, con que la pintan

poetas españoles y extranjeros; mírasele con ansia, con deseo vehementísimo de hallar, no solamente en su rostro, sino también en el busto, en las líneas generales del cuerpo que cubre riquísimo traje, cuyos detalles están asombrosamente cincelados, á la mujer hermosa, arrogante, y tan sólo se encuentra una mujer que ni por su talla, ni por su distinción, ni por su rostro puede considerársela la heroína de un drama de amores.

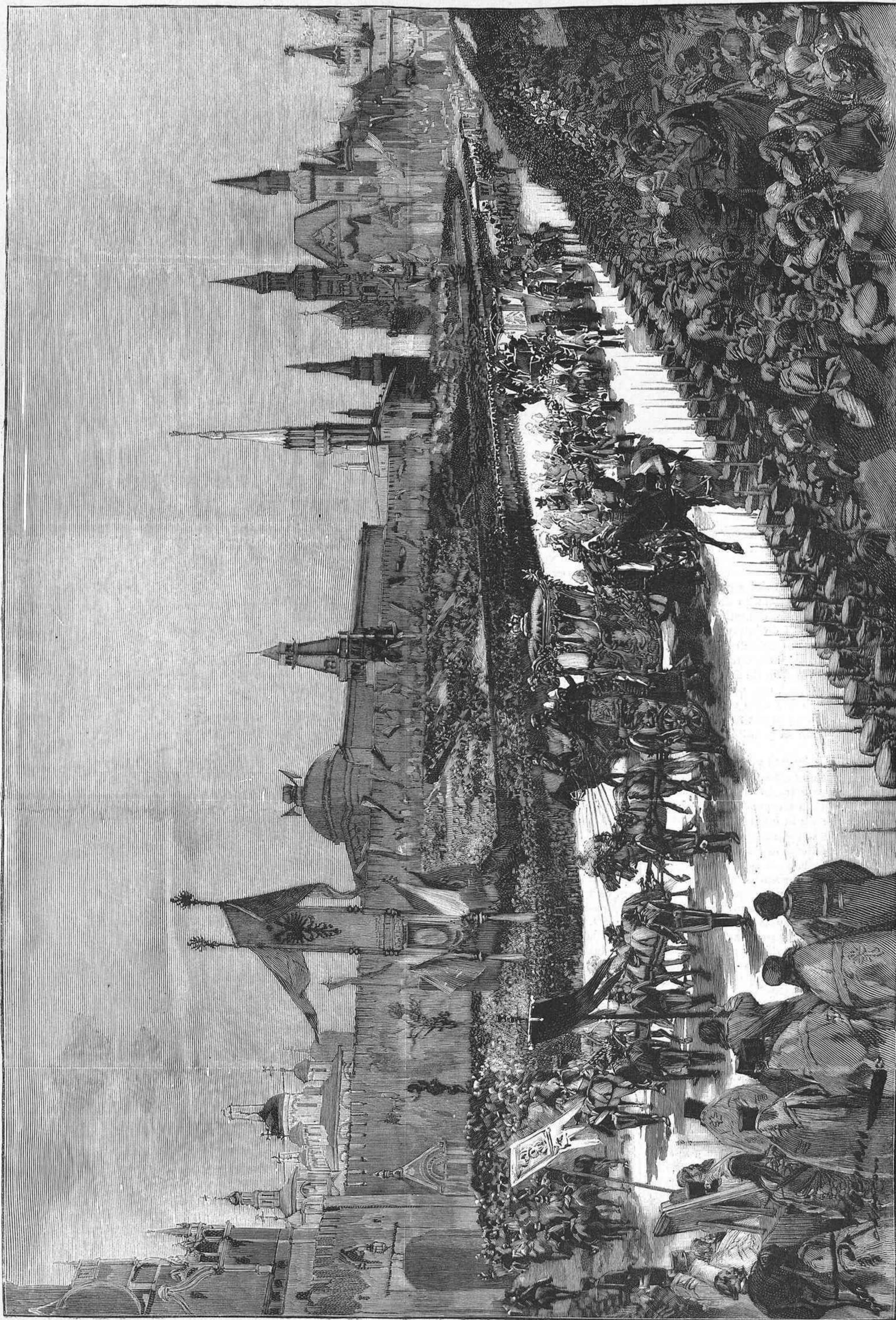
* *

No logró Felipe II ver emplazadas en el sitial las estatuas todas; repetíanle con más frecuencia cada vez los ataques gotosos, que le llevaron al sepulcro en la primera quincena del mes de septiembre del mismo año de 1598. Y aún tardó su hijo Felipe III en ver concluída definitivamente la obra, pues en 1601 todavía Pompeyo Leoni le dirigía varios memoriales, no solamente para que se le abonasen los cincuenta ducados por mes que, para mientras viviese, le asignara Felipe II y que dejara de percibir desde abril de 1598, sino para que se le pagaran seis mil ducados de los siete mil en que contratara las obras todas del enterramiento de Felipe II, obras que habían venido sufriendo varias interrupciones, como acontecía en la fecha de 7 de febrero del ya citado año de 1601 en que se dirigía al rey. Por cierto que es curiosísima la tramitación del expediente que para los pagos dichos, y que transcribe en español (sin errata alguna de monta) el autor del libro *León Leoni y Pompeyo Leoni*, ordenó el piadoso hijo menor de Felipe II. Dióse al fin por terminada la obra en este mismo año.

Aparte ya lo que se refiere á la ejecución de los modelos, á la belleza y corrección del dibujo, así de las figuras como del reclinatorio en que aparece orando Felipe II al lado de doña Isabel, al exquisito gusto de los detalles y á la disposición general del plegado de las ropas, ofrecen tanto este enterramiento cuanto el de Carlos V un estudio interesante del arte de fundir en el siglo XVI. Porque debemos tener en cuenta que son cinco las estatuas que componen cada grupo; que cada una de estas estatuas tiene varias piezas de gran delicadeza por la labor y el ajuste, y que además hubo que dorarlas á fuego. Y si mis lectores recuerdan lo que Cellini cuenta de las dificultades con que hubo de luchar para fundir su famoso *Perseo* y que he transcrito en la *efeméride* correspondiente, tengo por seguro que les producirá asombro saber que las cinco estatuas citadas, con el reclinatorio, etc., fueron fundidas en el espacio de once meses.

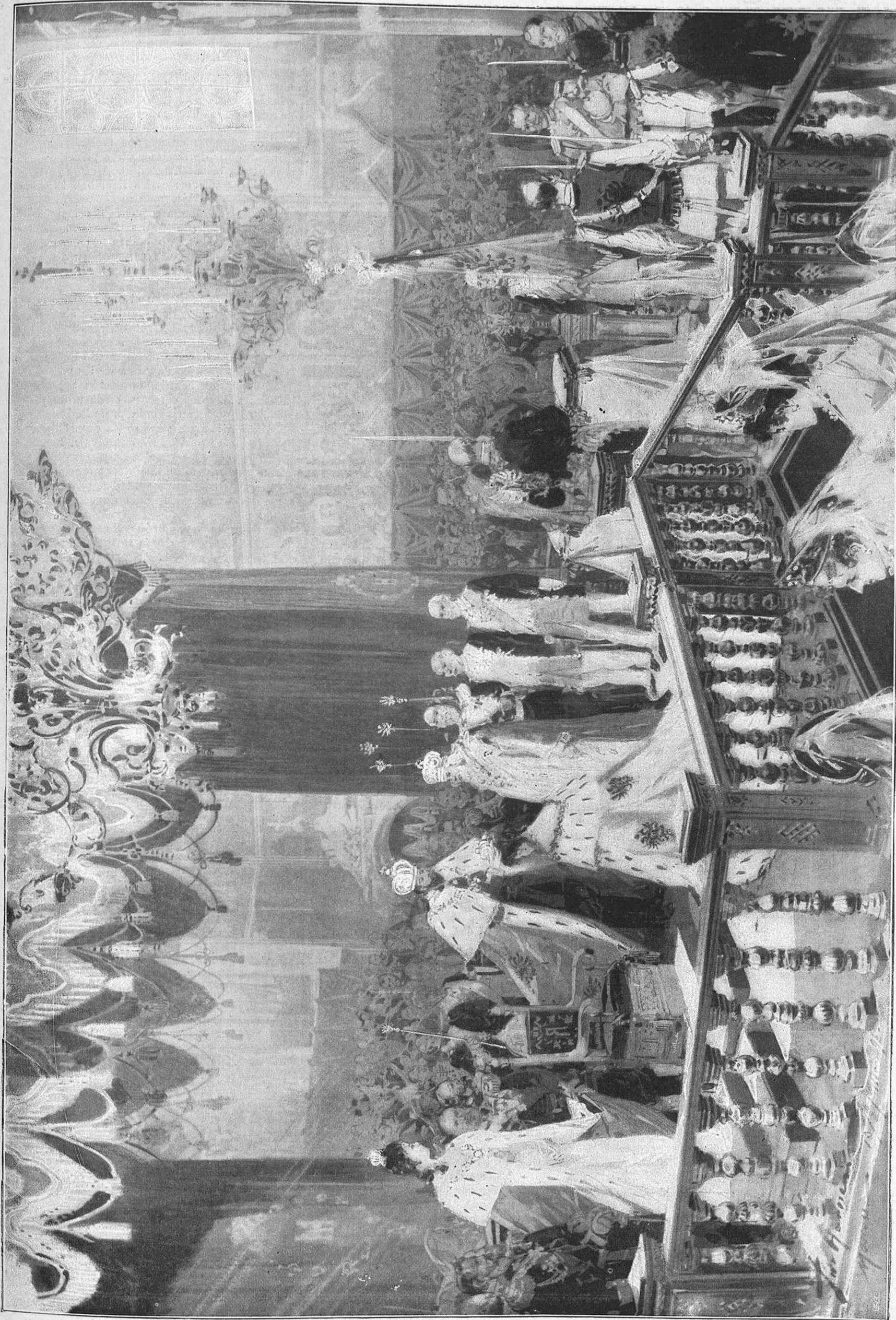
Cierto que la labor de reparación que se ofrecía en ambas obras de Pompeyo es grande, tanto que puede calcularse que empleó el artista más tiempo en esto que en modelar las diez estatuas; mas con todo, siempre será digno de admiración el hecho de fundir diez figuras mayores del tamaño natural en tan breve tiempo, cuando aún hoy es esta operación cosa de suyo difícil y complicada y en la que, aun á las veces, suelen ocurrir contratiempos graves.

R. Balsa de la Vega



LA CORONACIÓN DEL TSAR NICOLÁS II. - La comitiva imperial llegando al Kremlin,

dibujo del corresponsal artístico del periódico *The Illustrated London News*, en Moscou



LA CORONACIÓN DEL TSAR NICOLÁS II. — El emperador coronando á la emperatriz,

dibujo del corresponsal artístico del periódico *The Illustrated London News*, en Moscou

LOS TRES ELEMENTOS DEL DRAMA



El género dramático es el más complejo de todos los géneros literarios.

Quiero decir, que es aquel en que entran más elementos y en que estos elementos se combinan por manera más íntima y más complicada.

Es, por decirlo así, una reacción química de pasiones, de ideas,

de sentimientos que obran y reobran unos sobre otros, sin sujeción á cálculo ni previsión casi nunca.

Entre todos estos elementos — muchos de los cuales son plásticos, al paso que otros hasta dependen del lugar, del tiempo y de la ocasión, — tres son los elementos fundamentales, á saber: el *autor*; el *actor*, y el *público*.

Hay quien imagina que para que haya drama basta que haya autor. Y esto no es exacto, en mi concepto; ó, por lo menos, esta opinión necesita explicaciones y distingos.

Claro es que el drama, como obra literaria *escrita* y como otra obra cualquiera de arte, tiene su valor estético; independiente del público; independiente de la ejecución, y hasta me atreveré á decir independiente del autor.

Porque el drama es, en efecto, un ser voluntarioso, que es lo que es, y no lo que quieren los demás que sea. Que será bueno ó que será malo; que brillará con resplandores de belleza ó que estará manchado con manchas de fealdad.

Pero este es el *drama escrito*; la concepción dramática abandonada en el vacío; la estatua que se eleva en templo solitario.

Pero este, para mí, no es el drama; ó, por lo menos, no es el drama vivo y palpante.

El verdadero drama está en la escena; ha encarnado en los actores; tiene voz y tiene gesto; caldea un espacio, y en él toma parte, con sus aplausos ó con su reprobación, la multitud.

Lo forjó el cerebro del autor; pero en su cerebro no fué más — por decirlo así — que una idea abstracta. Le puso sangre y nervios, risa y llanto, gritos y sollozos, el actor que lo representó.

Y no lo representó en el vacío, sino ante una muchedumbre agrupada en reducido espacio; de suerte que el drama y el público casi se tocan con movimientos de atracción ó de repulsión.

Y los estremecimientos del drama y del actor se comunican al público; pero los estremecimientos del público también se comunican al actor, y le dan inspiración ó se la quitan; y se comunican al drama, y le dan fiebre de vida ó hielo de muerte, engrandeciéndolo hacia lo sublime ó achicándolo hacia la nada, cuando no lo precipitan en los regocijados abismos del ridículo.

Por eso yo sostengo que el drama lo hacen entre el autor, el actor y el público; y como se le dice á veces al autor que ha hecho un mal drama, y como al actor se le dice que ha estado infeliz en la interpretación de un papel, también podría decirse al público — no siempre, ni siquiera con frecuencia, pero algunas veces por lo menos — que ha interpretado con desdicha su papel y que ha hecho, en compañía del autor y de los actores, un drama lastimoso.

Para que exista un buen drama, no como obra solitaria recogida en un libro, sino como obra con realidad y vida, es indispensable que concurran en un punto estos tres elementos: el autor, escribiendo un buen drama; el actor, representándolo bien, y sintiéndolo bien el público. Entonces el drama, como ser colectivo y complejo, habrá realizado su perfección máxima.

Y, por el contrario, la deficiencia ó la imperfección del autor, del actor, ó del público, es decir, de uno de estos tres elementos, basta para dar con la obra dramática en tierra, anulando los esfuerzos de los otros dos elementos. Al paso que otras veces — aunque son las menos — las grandes energías ó de la obra escrita, ó de la ejecución, ó de la muchedumbre que escucha, pueden compensar con exceso lo débil ó ruin de uno ó de los dos elementos restantes, dando calor y vida, y al fin triunfo á la obra dramática.

Por eso es indispensable para el éxito buscar honradas intimidades y reacciones mutuas entre el público, los actores y el autor.

Yo he presentado ya otras veces un ejemplo, que se me antoja perfectamente exacto, y que voy á reproducir una vez más.

Yo imagino que cuando se representa una obra

dramática, en cada localidad del teatro no hay un espectador, sino un instrumento musical, que sólo posee determinado número de notas.

Posible es que todos ellos tengan unas cuantas notas comunes: es seguro que tendrán también notas distintas.

Allí están esperando que una vibración del aire las conmueva; y esa vibración, del escenario ha de venir.

Dentro de mi ejemplo, el autor y los actores no hacen más que producir en el escenario determinadas melodías, compuestas de determinadas notas. Melodías que en ondas vibrantes llegarán á todos aquellos instrumentos musicales de que hemos poblado butacas, palcos y galerías.

Si estas *notas* encuentran sus *gemelas* en arpas y liras, las harán vibrar, y la melodía se reforzará, y reforzada volverá al escenario, y vibrará la Sala entera, y se habrá creado el verdadero drama.

Pero si las notas fundamentales de la melodía son — pongo por caso — *un do, un mi, y un sol*, y esas notas no están en ninguno de los instrumentos musicales que simbolizan á los espectadores, ó están en muy pocos, la melodía se perderá en el vacío y en el silencio, y apagará su calor artístico en hielo de muerte.

Por eso el autor y el actor deben buscar las notas comunes al mayor número posible de espectadores, según sean los que componen cada público.

Por eso, cuando el ambiente social, cuando las ideas ó los sentimientos que agitan á un pueblo han puesto en todos los espectadores *una nota común*, por ejemplo, la nota patriótica, ó la nota romántica, ó una creencia, ó una fe, ó una pasión, ó un odio, el problema para el autor es muy fácil: dar esa nota en forma artística, y el público entero vibrará y responderá al sonido musical, que le solicita.

Por eso, en cambio, en períodos de transición y de crítica, en que las ideas, los sentimientos y las pasiones están divididos y fraccionados por tal manera que no hay dos personas que sientan y piensen de igual modo, la obra dramática es muy difícil, porque ¿cómo se buscan notas comunes que no existen? Por lo menos, el esfuerzo del autor ha de ser mucho mayor, y mucho mayor el trabajo de los actores.

Por eso, decimos, hay multitud de ideas, de sentimientos, de creencias, de pasiones, de problemas, que tienen gran jugo estético y que no pueden acercarse al escenario, porque desde fuera les recibirían ó con glacial indiferencia, ó con gritos de escarnio.

Por eso, en fin, el progreso en el teatro está, más que en nadie, en el público; es decir, en la ilustración general; en aumentar — y valga todavía mi ejemplo — en aumentar, repito, considerablemente el número de notas comunes, la sensibilidad artística de la masa, y en aumentarla, á la vez, en intensidad y en extensión.

Ahí sí que están los *nuevos moldes* y los verdaderos moldes de la dramática.

Pero esta no es obra de un día, ni de unos cuantos autores, sino de la civilización en general y de un incremento constante en las energías de la vida intelectual y sensible.

JOSÉ ECHEGARAY

LAS FIESTAS DE LA CORONACION DEL TSAR

Con toda la esplendorosa pompa que pueden dar de sí las ceremonias de la corte y las del rito eclesiástico, S. M. I. Nicolás II ha sido coronado y consagrado como tsar del imperio ruso el día 26 de mayo último entre el mayor entusiasmo de sus súbditos y con asistencia de los representantes de las potencias europeas y de algunos países asiáticos. Cinco días antes de la principal solemnidad, los emperadores hicieron su entrada en Moscou y en su sagrada ciudadela el Kremlin, desde el palacio de Petrowsky, residencia real situada en las afueras de la ciudad, donde debieron permanecer retirados desde su llegada á Moscou. El camino de Tverskaya, que conduce al centro de esta gran población, estaba admirablemente adornado con arcos de triunfo, banderas, gallardetes y toda clase de vistosos emblemas, y á uno y otro lado se extendía una fila de compacta muchedumbre, llena de entusiasmo y de respeto.

Al mediodía resonó la gran campana del Salvador anunciando que iba á dar principio la ceremonia, y los cañones del Kremlin hicieron las salvas de ordenanza, que se repitieron al entrar el tsar en el recinto de la gran ciudad. Esperábase allí el gran duque Sergio, gobernador general de Moscou, quien, siguiendo una antigua costumbre, le ofreció el pan y la sal, del propio modo que algo más adelante se los ofrecieron el alcalde y las autoridades municipales.

La comitiva formaba el espectáculo más brillante

que darse puede, dado que en ella se mezclaba el abigarrado conjunto de trajes y preseas de las civilizaciones occidental y oriental. Un piquete de gendarmes á caballo abría la marcha, seguido por la escolta personal del emperador, compuesta de cosacos. A continuación iban dos escuadrones de cosacos de la Guardia y tras éstos los cosacos del Don con sus agudas lanzas. Iba en pos de estas tropas un grupo compuesto de los jefes y representantes de los países asiáticos que rinden vasallaje á Rusia: montados en caballos ricamente enjaezados mostrábase el Jan de Jiva, el emir de Bojara y otros príncipes tributarios del Asia oriental y central. A estos personajes, cuyas vestimentas orientales llamaban la atención, seguía un brillante y numeroso acompañamiento de la nobleza rusa, escoltada por la servidumbre de la corte imperial, entre la que descollaban cuatro negros. Venía detrás un nutrido cuerpo de cazadores y á continuación una línea de carruajes ocupados por los altos funcionarios del Estado y los representantes de las cortes extranjeras.

En pos de ellos aparecía el emperador, precedido por dos escuadrones de Guardias de á caballo con uniformes blancos y relucientes corazas y cascos. Nicolás II cabalgaba en un magnífico corcel árabe, enteramente blanco, é iba acompañado de su Estado mayor, de los grandes duques y de los príncipes extranjeros reunidos para la coronación. Seguíanle dos suntuosas y doradas carrozas, en la primera de las cuales iba la emperatriz viuda María Fedorovna, y en la segunda la tsarina, yendo ésta detrás de aquella porque todavía no había sido coronada. En otros lujosos coches iban las grandes duquesas de la familia imperial y las damas de la corte, cerrando la marcha una numerosa escolta de soldados. (Véase el grabado que representa la llegada de esta comitiva al Kremlin.)

Cuando toda ella penetró en el sagrado recinto por la Puerta Santa, el tsar y la tsarina se encaminaron á orar á la catedral de la Asunción y á las principales iglesias de la antigua ciudadela, y por la tarde se retiraron al palacio Alejandrina, donde debían pasar en el recogimiento los días que faltaban hasta su coronación.

El día antes de esta ceremonia se trasladaron con gran pompa las insignias imperiales desde el Tesoro al salón del Trono, del propio modo que una lujosa comitiva de heraldos, mandada por el secretario del Senado, anunciaba por todos los ámbitos de la ciudad de Moscou la próxima proclamación del emperador. También se había efectuado la consagración de la bandera del imperio en el palacio del Kremlin, ceremonia que tuvo un carácter exclusivamente religioso y consistió en rociar con agua bendita el nuevo estandarte imperial de seda bordada de oro, al cual jura el tsar completa lealtad, lo mismo que jura todo soldado fidelidad á sus banderas al ingresar en el ejército.

Llegado el 26 de mayo, día de la coronación, á las siete de la mañana comenzó el clamoreo de las campanas y las salvas de artillería que anunciaban al pueblo la próxima realización del gran acto. A las nueve de la mañana se puso en marcha el cortejo, acompañado de las músicas que tocaban el himno nacional y de las aclamaciones de los espectadores. La emperatriz madre fué la primera en entrar en la catedral de la Asunción, bajo palio llevado por ocho veteranos generales, seguida de todos los príncipes extranjeros, y tomó asiento en el trono preparado para ella en un estrado. A las diez un prolongado murmullo anunció la llegada del emperador y su augusta esposa, que iban precedidos por jinetes de la Guardia y seguidos de largas filas de pajes, maestros de ceremonias y representantes de varias corporaciones. Aguardábalos á la puerta el clero, y entraron en el templo bajo un palio sostenido por diez y seis generales, pasando en seguida á tomar asiento en sus respectivos tronos.

El aspecto que entonces presentaba el interior de la catedral era verdaderamente deslumbrador, no sólo por sus magníficos adornos, sino también por la gran variedad de uniformes que allí se veían, los trajes y las riquísimas joyas de las damas y las suntuosas vestiduras del clero. Dando frente al altar estaban los tronos del tsar y la tsarina bajo espléndido dosel, y á la derecha el de la emperatriz madre. Los tres son sillones de brazos de antigua forma: el del tsar está incrustado de oro y piedras preciosas, y asegúrase que fué regalo hecho por el sha de Persia á Juan el Terrible. El de la tsarina fué enviado por el papa Paulo II á Juan III y está lleno de hermosa taracea de marfil. El de la emperatriz madre era el de Alejandro, padre de Pedro el Grande, y esta adornado con mil diamantes, mil doscientos rubíes y profusión de turquesas y perlas. Los doseles son de terciopelo carmesí, bordado de oro.

Comenzó la sagrada ceremonia recitando el tsar algunas oraciones, y leyendo inmediatamente su profesión de fe. En seguida se procedió al revestimiento de las insignias imperiales, para lo cual se quitó el collar ordinario que llevaba de la orden de San Andrés y se puso el de diamantes de la misma orden, así como un soberbio manto imperial. Luego avanzó algunos pasos y el metropolitano se acercó á su vez á él extendiendo las manos cruzadas sobre su cabeza. Después el tsar recibió la corona de manos del metropolitano, se la puso por las suyas propias, y volvió á sentarse en el trono, sosteniendo en la mano derecha el cetro y en la izquierda el globo del imperio, que le habían entregado por su orden.

A los pocos momentos llamó á la emperatriz su esposa, la cual se acercó arrodillándose ante él en un cojín de terciopelo; el tsar quitóse la corona, tocó con ella la frente de la tsarina, se la volvió á poner, y en seguida ciñó la cabeza de ésta con otra corona más pequeña, la colocó el collar de la orden de San Andrés, la abrazó, la puso un manto de brocado de oro y la hizo sentar de nuevo en el trono. (Véase la lámina que representa la escena de la coronación de la emperatriz.)

Siguieronse otros detalles del ritual, uno de los cuales consistió en ungir al emperador con el sagrado óleo en la frente, los ojos, los oídos, la boca, el pecho y las manos. La emperatriz fué ungida también, pero sólo en la frente. Acto continuo uno y otro comulgaron, lo propio que el clero, en las dos especies de pan y vino. La emperatriz madre abrazó y besó á su hijo, y cuando todos los individuos de la familia imperial le besaron también, una salva de ciento un cañonazos anunció la terminación de la sagrada ceremonia.

En seguida volvió á formarse el cortejo y los emperadores salieron bajo palio de la catedral para presentarse á su pueblo. La comitiva marchaba entre entusiastas vítores y aclamaciones, el estampido de los cañones y los alegres sonos de las campanas y de las músicas.

Llegados á la terraza inferior del Krasnoe Kvytzo, los soberanos subieron la gran escalinata roja, y cuando estuvieron en lo alto, volviéronse hacia la muchedumbre, que los aclamó frenéticamente.

Los emperadores pasaron al palacio Granovitaya, donde se celebró el gran banquete de Estado, sentándose á mesa aparte SS. MM. II. bajo un dosel,

tomaron parte ochocientos músicos y mil coristas, llevando cada cual un farol encendido. (Véase el grabado que representa esta serenata.)

Los festejos han terminado en los días 6 y 7 de junio con un gran banquete ofrecido por el emperador en el Kremlin á los embajadores y á los enviados especiales y una revista militar.

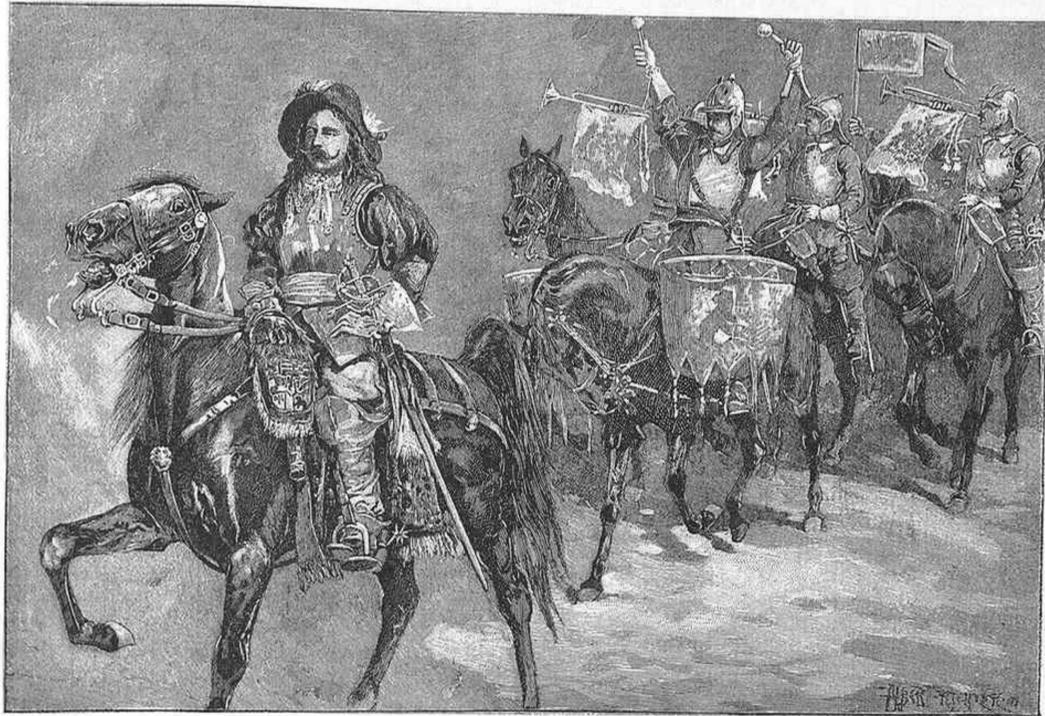
El primero ha sido brillantísimo, y después de terminado, Nicolás II ha conversado afablemente con cada uno de sus huéspedes.

La gran revista se ha efectuado en el campo Khodinsky enfrente del pabellón imperial y de las tribunas que se habían elevado á cada lado de éste, y que presentaban un maravilloso espectáculo con la variedad de uniformes y los elegantes y vistosos trajes de las damas. Han tomado parte en ella 87 batallones de infantería, 39 escuadrones de caballería, 3 sotnias de cosacos, 96 piezas de artillería rodada y 24 de montaña. Estas tropas, mandadas por el gran duque Vladimiro, formaban ocho líneas delante del pabellón imperial, desde el que han presenciado la revista los individuos del cuerpo diplomático.

El emperador y la emperatriz llegaron al campo Khodinsky, la primera en un carruaje á la Daumont, el segundo cabalgando á su lado; seguían luego las princesas en coches igualmente á la Daumont, y tras ellas un brillante estado mayor de príncipes, generales, embajadores y agregados militares. Tan luego como los emperadores aparecieron, comenzó la revista.

Los emperadores, seguidos únicamente del ministro de la Guerra, de los príncipes extranjeros y de los embajadores extraordinarios de Francia y de España, pasaron por el frente de las tropas. Luego SS. MM. se situaron delante del pabellón y presenciaron el desfile.

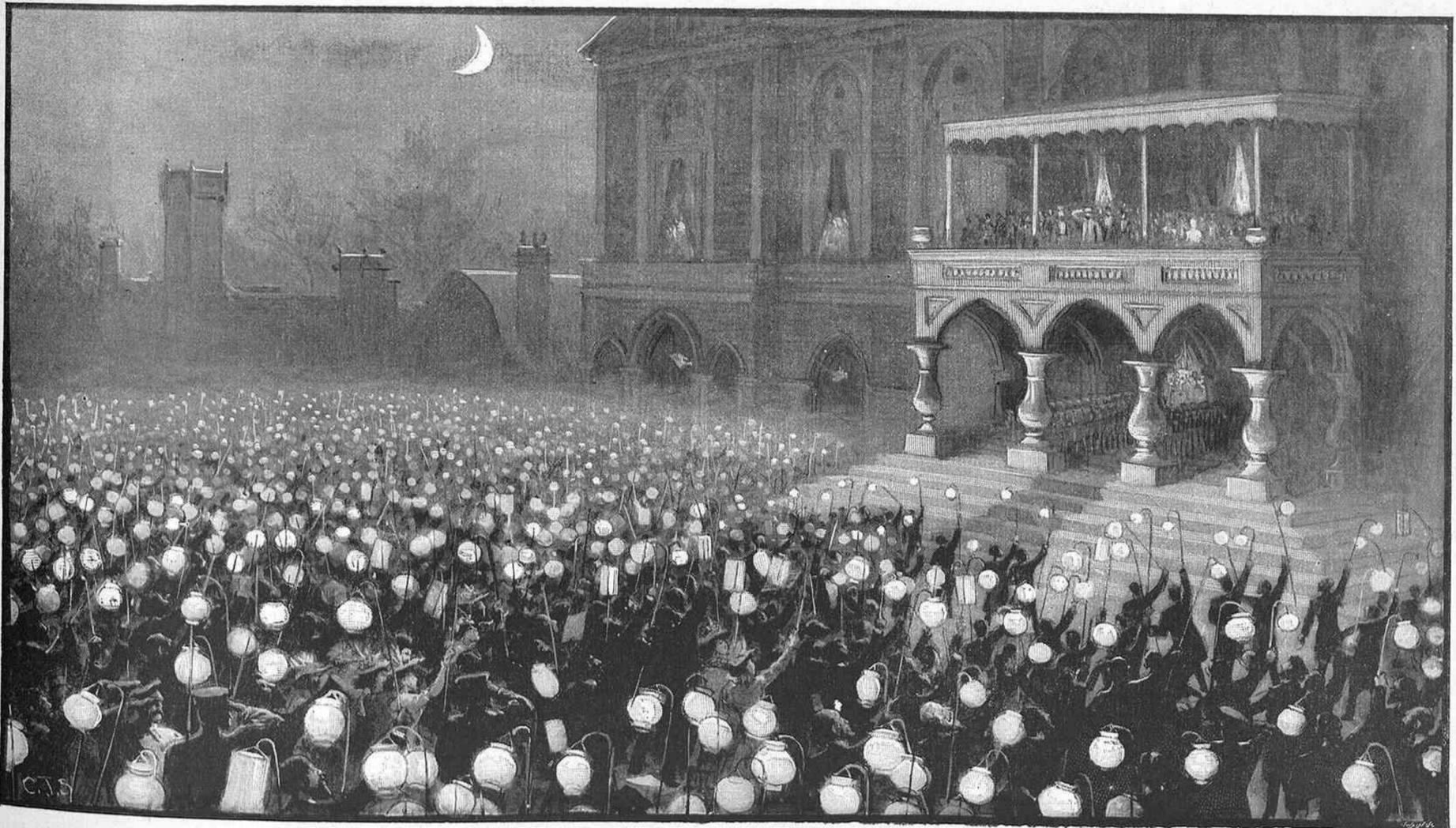
¡Lástima grande que tan animados y suntuosos festejos hayan terminado con la catástrofe del campo de Khodinsky, de la que quedará perdurable y tristísima memoria! — X.



El príncipe heredero de Anhalt Dessau al frente de la cabalgata organizada en celebración del 25.º aniversario de la proclamación de su padre el príncipe Federico

y siendo servidos por los altos dignatarios de la corte. En medio del salón del banquete había colocado un inmenso buffet, sobre el cual descollaba una vajilla de oro y plata que por su riqueza tal vez no tenga igual en el mundo. Terminado el banquete durante el cual se distribuyeron á los invitados las medallas acuñadas en recuerdo de la coronación, el emperador pasó al Salón del Trono, donde se celebró una breve recepción, después de la cual SS. MM. pasaron á sus habitaciones.

A las ceremonias oficiales han acompañado ó precedido otras fiestas particulares, siendo de citar la brillante serenata con que se obsequió á SS. MM. la noche de su llegada al palacio Petrowsky y en la que



Las fiestas de la coronación del tsar

SERENATA DADA Á LOS EMPERADORES DE RUSIA, DELANTE DEL PALACIO PETROWSKY, LA NOCHE DE SU LLEGADA Á MOSCOU



PRIMAVERA DE LA VIDA, dibujo de J. Llovera



SALIDA DEL TALLER dibujo de Angel Huertas

HUERTEA

NUESTROS GRABADOS

Séneca, estatua de Francisco Viciano Martí. — Limitado es el número de aquellos que al leer el nombre de Francisco Viciano sepan que se trata de un artista de valía, de un escultor de grandes alientos, que podía, gracias al poderoso esfuerzo de su ingenio y á sus envidiables aptitudes, ocupar preferente sitio entre los más notables artistas españoles. Joven, muy joven, pues apenas contaba 24 años, ha desaparecido de entre nosotros, dejándonos el grato recuerdo de las cualidades que le enaltecieron en vida y el testimonio de su valer, representado por algunas de sus obras, entre las que merece citarse la que reproducimos, resultado de su pensionado en Roma. Allí, en la Ciudad Eterna, fué donde contrajo la cruel dolencia que envenenó su organismo, sin que el clima y el ambiente de su país natal, Castellón de la Plana, fueran bastantes para neutralizar el efecto producido por los miasmas de la campiña romana.

Discípulo de su hermano, el no menos distinguido escultor valenciano D. José, y de la Escuela de Bellas Artes de Valencia, obtuvo por oposición una plaza de pensionado, produciendo, entre otras obras, la grandiosa estatua de Séneca, modelada con soltura y amplitud, sin rebuscamientos ni mezquindades, verdadero estudio, concebido y ejecutado con magistral acierto.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hórrase en dar cabida en sus páginas á la más importante de las producciones de Francisco Viciano, rindiendo con tal motivo un tributo de respetuosa admiración al que á pesar de su juvenil edad fué ya dignísimo campeón del arte español.

El príncipe heredero de Anhalt Dessau al frente de la cabalgata organizada en celebración del 25.º aniversario de la proclamación de su padre el príncipe Federico. — El pequeño ducado alemán de Anhalt Dessau ha tenido también sus fiestas reales durante el mes pasado, aunque no con motivo de la coronación de su duque soberano, sino con el de solemnizar el 25.º aniversario de la proclamación del actual, el príncipe Federico Leopoldo, el cual subió al trono el 22 de mayo de 1871. Con ellas ha querido demostrarle su pueblo las simpatías y gratitud que hacia él siente por su justo y pacífico gobierno, y se ha asociado á todos los festejos con verdadera alegría, además de haberle regalado por suscripción pública una magnífica vajilla de plata. La ciudad de Dessau ha estado engalanada por espacio de cinco días; se ha inaugurado el monumento erigido en honor de Federico Stein; las iluminaciones han sido notables y profusas; pero la parte del programa que más ha llamado la atención la ha constituido la vistosa cabalgata organizada y dirigida por el príncipe heredero, en la que todos cuantos la formaban lucían los trajes militares de fines del siglo XVII, trayendo así á la memoria esas escenas de otras épocas á que tan aficionados se muestran los alemanes.

Primavera de la vida, dibujo de J. Llovera. — No es posible hallar mejor adorno para la mujer hermosa que el de la educación y sus propias virtudes. Si el artista trata de representarla, la colocará entre las flores, puesto que ellas serán su más preciado adorno. Unidas, juntas, brillarán, esparciendo ambas el perfume de su pureza y de su sencillez. El pintor hallará, al concebirla en esta forma, un manantial inagotable de inspiración, y el poeta la expresión del genio y de la poesía.



CARLOS BUTRÓN,

teniente de navío, comandante de la lancha cañonera *Mensajera* que apresó la goleta *Competidor* (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

Bello es el dibujo del distinguido pintor catalán D. J. Llovera, quien para realizar su composición ha escogido el período en que la naturaleza se reviste con sus esplendentes galas. En la primavera de la vida hállase la hermosa joven, que al igual de la naturaleza, manifiéstase en toda la plenitud de su belleza, cautivando con sus atractivos.

Por desgracia los años y los sufrimientos marchitan los rasgos que antes produjeron la admiración, tornándose en frío y helado invierno lo que antes rebosaba vida y hermosura, de la que sólo puede conservarse la del alma, por ser ésta imperecedera.

El general Menabrea. — El 25 del pasado mayo ha fallecido en Chambery, su ciudad natal, á la avanzada edad de 86 años, el general Federico Menabrea, uno de los más distinguidos del ejército italiano. Hijo de antigua y noble familia, de la que heredó el título de conde, hizo sus estudios en la Academia militar de Turín, de la que salió como oficial de ingenieros. Poco después enseñó en ella mecánica y construcción, y en la guerra de 1848 contra el Austria combatió con el em-

pleo de capitán. Afiliado al partido ultra-conservador, fué elegido diputado á la Cámara subalpina, donde defendió con brillantez sus ideales políticos. Uno de sus mayores méritos fué el haber apoyado con todas sus fuerzas la apertura del túnel del monte Cenis. En 1860 pasó al Senado.

Cuando estalló nuevamente la guerra con el Austria en 1859



El general italiano FEDERICO MENABREA, fallecido el 25 de mayo último

supo defender hábilmente el Piemonte, inundando en una extensión de 450 kilómetros cuadrados la llanura que se extiende entre los ríos Doria y Sesia, á lo cual debió más adelante el título de marqués de Valdora con que le agració Víctor Manuel. En la misma campaña tomó parte en las batallas de Palestro y Solferino, y al año siguiente dirigió como jefe de ingenieros las reformas de las fortificaciones de Ancona, Capua y Gaeta.

En 1862 desempeñó la cartera de Marina en el gabinete Ricasoli, y en los de Farini y Minghetti la del ministerio de Obras públicas hasta septiembre de 1864. Dos años después fué nombrado plenipotenciario para la cesión del Véneto hecha por Austria á Italia. Desde octubre de 1867 á diciembre de 1869 fué presidente del Consejo de ministros, y durante su gestión se esforzó por llegar á la conciliación entre la Iglesia y el Estado. Al dejar el poder, pasó algún tiempo apartado de la política, hasta que el ministerio Minghetti lo nombró embajador en Londres, cargo que dejó para sustituir á Cialdini en la embajada de París, desempeñándolo hasta 1892, en que se retiró definitivamente á la vida privada.

El general Menabrea era caballero de la Anunziata; poseía además casi todas las condecoraciones italianas y extranjeras, así como los principales títulos académicos, pues fué gran matemático y notable físico. Al anexionarse su país, la Saboya, á Francia, optó por la nacionalidad italiana, y á Italia ha servido siempre con toda lealtad.

Salida del taller, dibujo de Angel Huertas.

Es el Sr. Huertas uno de los artistas que con mayor constancia y acierto dedicanse á reproducir los cuadros de costumbres, escenas y tipos de nuestra patria, de manera que puede afirmarse, sin temor de incurrir en exageración, que aportan materiales para que en lo porvenir los que traten de estudiar la época en que vivimos, puedan disponer de documentos gráficos de sumo interés, bajo su doble aspecto social y artístico.

A este género pertenece el precioso dibujo que publicamos en este número, representando el animado cuadro que se produce en una de las calles de la coronada villa cuando, al terminar su laboriosa jornada, abandonan el taller las jóvenes obreras. Todo en el dibujo ofrece interés, todos los pormenores revelan estudio y observación, pudiendo estimarse el dibujo como la exposición de un cuadro de costumbres nacionales y la glorificación del trabajo, que enaltece al hombre.

Escuelas donde se eduque el espíritu y talleres en los que el hombre aprenda á ser honrado y laborioso es lo que necesitan los pueblos. A conseguirlo debieran tender los esfuerzos de los gobernantes, y así se evitaría que tuviéramos que lamentar la existencia de esos desgraciados á quienes la sociedad se ve obligada á lanzar de su seno.

Morfeo, estatua de Juan Solá y Vilabella (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896). — Es la bonita estatua que reproducimos obra de un artista novel, inteligente y laborioso, destinado, si no se malogran sus aptitudes, á ocupar hermoso sitio entre los escultores de nuestra región. Basta examinar la estatua que damos á conocer á nuestros lectores, para comprender que no pecamos de exagerados al emitir favorable juicio. *Morfeo* es, á no dudar, un buen estudio del natural, modelado con facilidad y firmeza, cual si el artista se hallara en el pleno goce de facultades que le permitieran reproducir con fidelidad el modelo.

El Sr. Solá y Martí merece aplauso por su obra, que se lo tributamos sin reserva, así como á su maestro D. Eusebio Arnau, por haber logrado formar tan aventajado artista.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — EXPOSICIONES. — Las de Bellas Artes se multiplican cada vez más: cada capital, cada pueblo desea celebrar la suya, y esto hace en nuestro concepto que la cantidad haga desmerecer la calidad.

Por ahora tenemos noticia de la próxima apertura de las si-

guientes: Amiens, 7 de junio; Avignon, exposición regional; Limoges, centenario de la porcelana; Reims, exposición nacional; Versalles, Amigos de las Artes; Bruselas, esculturas de Rodin; Berlín, arte fotográfico; Nijni-Novgorod, exposición y feria, etc., etc.

PARÍS. — Está anunciada la venta del magnífico panorama de la *Batalla de Rezonville*, de Neuville y Detaille, compuesto de 150 cuadros, la cual se verificará en la galería G. Petit.

SUIZA. — Actualmente se está celebrando en Ginebra una exposición nacional, abierta el 1.º de mayo, que llama poderosamente la atención. Ocupa un espacio de 250.000 metros cuadrados, y entre los múltiples elementos en ella reunidos para darle especial atractivo figura en primer lugar la aldea suiza, que es el punto adonde acuden con particular interés los visitantes. La aldea suiza está formada de los tipos originales y característicos de toda la confederación, con sus trajes auténticos, que, como sucede en todas partes, van desapareciendo poco á poco. El hombre de estudio, como el curioso, ve allí reunidos los vestigios más auténticos de la antigua indumentaria, de historias, de arquitectura, de razas. Hay allí setenta y dos casas agrupadas en forma de *chalets*; algunas de ellas son copias de cabañas suizas genuinas; las reproducciones son fidelísimas y minuciosas, con sus barandales, sus cerraduras, sus grandes clavos, etc. Pero otras son las mismas casas originales demolidas pieza por pieza y transportadas y reconstruidas con todo cuidado. No es de extrañar por tanto que esta aldea haya costado 900.000 francos. Entre las más interesantes son de mencionar la Casa del Caballero (Schaffhusa), la quesería de Chamala (Gruyère), una casa que perteneció á los duques de Saboya, otra muy pintoresca de Unterwalden, la pequeña iglesia de Leisingen, una posada valdense, los célebres *Mazots* del valle de Auniviers, construídos sobre pilares terminados en grandes discos de piedra, etc., etc.

Pero como esta clase de construcciones no armonizan bien sino con bosques y montes, se ha improvisado un pinar, algunas colinas y una montaña, y hasta una cascada, cuya agua se despeña espumante de veinticinco metros de altura en cantidad de cinco millones de litros diarios. El riachuelo formado por esta cascada serpentea al través de una parte de la aldea, poniendo en movimiento un molino y otras ruedas, y va á morir en un pequeño lago. Penetrando en una gruta cerca de la cascada, el visitante se encuentra de pronto delante de un panorama, el majestuoso de los Alpes berneses. Montañeses auténticos pueblan la aldea luciendo sus verdaderos trajes, y trabajan en las lecherías, elaboran quesos, y labran objetos de madera, tan difundidos en los Alpes. Esta exposición subsistirá abierta todo el verano, para que los muchos viajeros que pasan la estación calorosa en Suiza tengan ocasión de visitarla.

Teatros. — París. — En el nuevo teatro llamado de Audiciones se ha estrenado la comedia en cuatro actos de René Racot, titulada *Chenefer*, que ha obtenido un éxito regular.

En el de la Obra, dos comedias-vaudevilles; la primera *El Tanden*, de Leo Trezenik y Pedro Soulaire, en la que el protagonista es el *sport* de moda, la bicicleta; y la segunda *La Brebis*, de E. See, de moral dudosa. El éxito de una y otra no ha pasado de mediano.

En el teatro Internacional se ha puesto en escena una traducción de *El gran Galeoto* de Echegaray, hecha por Mad. Rute-Ratazzi, que ha producido gran efecto y sido vivamente aplaudida.

En la Comedia francesa, la famosa obra de Shakespeare *Hámlet* ha sido motivo de un señalado triunfo para el actor Mouet-Sully.

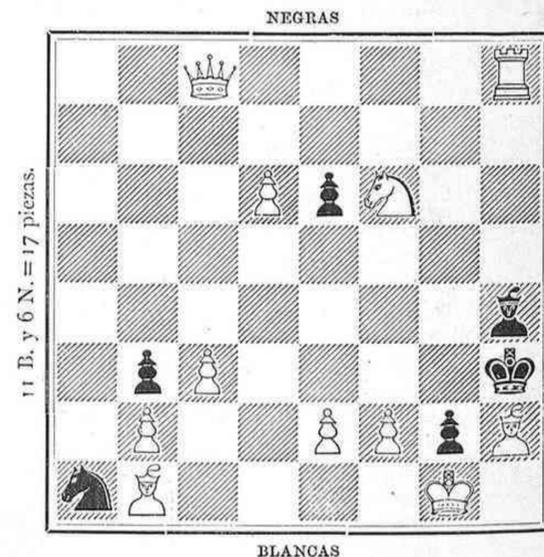
Barcelona. — En el teatro de Novedades, la compañía de la Sra. Guerrero ha puesto en escena la comedia del Sr. Sellés titulada *La mujer de Lot*, obra que en nuestra capital, lo propio que en Madrid, sólo ha tenido un éxito regular.

Otro tanto puede decirse de la comedia *La gente nueva*, del Sr. Sánchez Pérez, puesta en escena en el teatro Lírico por la compañía que dirige el Sr. Mario.

Con respecto á la ejecución de ambas obras, debemos añadir que ha sido esmeradísima por parte de las respectivas compañías, mereciendo en la primera especial mención la señora Guerrero.

AJEDREZ

PROBLEMA N.º 23, POR MIGUEL LÓPEZ DEL RINCÓN

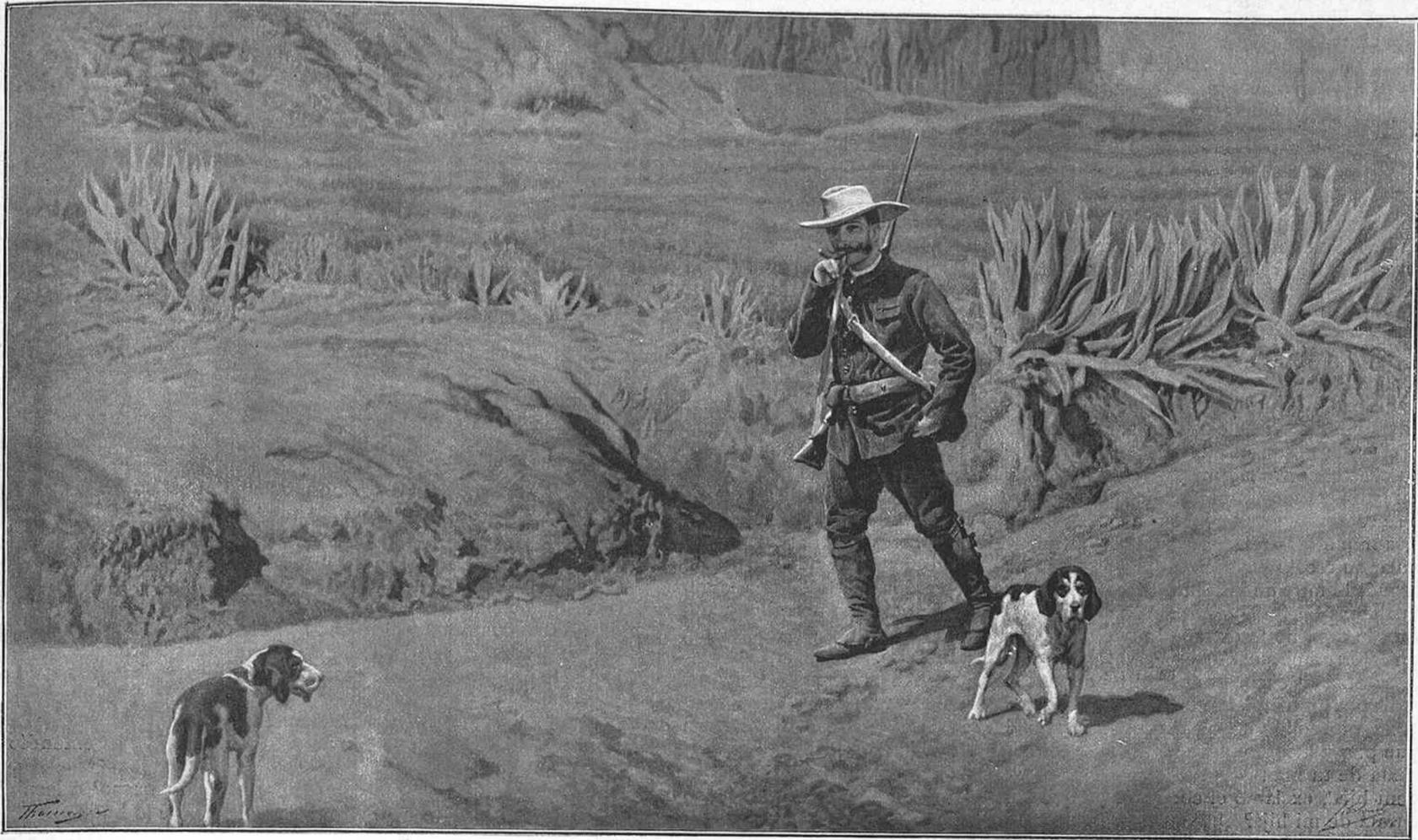


Las blancas juegan y se hacen dar mate en seis jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 22, POR C. GOLMAYO

- | Blancas. | Negras. |
|----------------|----------------|
| 1. A 3 C R | 1. R 5 A D (*) |
| 2. A c R | 2. P 4 T R |
| 3. C 2 A D | 3. P toma C |
| 4. P 3 D mate. | |

(*) Si 1. R 4 T D; 2. A c R, R 5 C; 3. C 2 A D jaque, y 4. P juega y mate.



Una mañana había cazado mucho el marqués, y buscaba sitio á propósito para descansar

DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETV

(CONTINUACIÓN)

La niña se frotaba ambas cosas con las palmas de la mano, muy preocupada con su limpieza. De pronto oyó ruido y vió un perro que bebía agua en el arroyo, un poco más abajo de donde ella estaba. Entonces alzó la mirada, y el cazador pudo ver sus ojos grandes, luminosos, cuyas niñas de un negro claro brillaban sobre sus pupilas que parecían de plata. Su mirada se encontró con la del marqués, que bajaba lentamente de la cuesta por una senda obstruida de pedernales; y ¿qué vería en la mirada de aquel cazador tan apuesto y tan bien ataviado, que hízola levantarse azorada, recoger precipitadamente unos zapatos, unas medias, unas ligas, un largo cordón que debía servirle para atarse el pelo, y echar á correr desalada sin mirar atrás?

El marqués se quedó parado viendo huir á la miedosilla, hasta que aquella graciosa visión alada (pues á un ala se parecía su pelo levantado por el ímpetu de la carrera) se desvaneció entre las tapias de un caserío arruinado.

«¿De qué se habrá asustado?—pensó el elegante cazador, que no se creía un ogro ni mucho menos. —¡Qué cosas tienen los niños!»

¡Oh! Los niños suelen tener esa intuición de que ya he hablado en otro lugar, y aquella niña adivinó en la mirada del marqués sus caprichosos deseos de libertino.

Durante el resto del día recordó éste á la arisca fugitiva, con la insistencia de su carácter obstinado, que no admitía la más mínima contrariedad.

En los días subsiguientes pasó el marqués varias veces por el sitio en que había visto á la niña, y hasta se sentó á leer y fumar á la sombra del montecillo, pero aquélla no pareció. Por lo demás, esta fué su única gestión para encontrarla. Ni la buscó, ni habló á nadie de su encuentro, pues quizá en su fuero interno se avergonzaba de sus torpes pensamientos.

Una mañana había cazado mucho, el morral le pesaba, hacía mucho calor y buscaba sitio á propósito para descansar. Iba por una hondonada y subió á un altozano para descubrir horizonte. Vió no muy lejos una masa de verdura y se dirigió hacia allí. Aquel sitio le era desconocido. Distinguió en primer término un espeso grupo de cañaverales, y se alegró por si sus perros tenían sed, pues supuso que habría agua. Un poco más allá de los cañaverales se alzaban cua-

tro ó seis frondosos olmos que formaban hilera, y al lado de éstos un vallado de piedras y cambrones. Los perros se habían quedado atrás jugueteando con unos muchachuelos, que les daban pan haciéndoles saltar para cogerlo, y el marqués entró solo por los cañaverales. Entre éstos y los árboles había una especie de plazuela, y en ella algunas gavillas de sarmientos en el suelo. En el comedio de la plazuela una niña recogía sarmientos esparcidos y los amontonaba. ¡Cuál fué la sorpresa del marqués, cuando reconoció en ella á la que había visto lavarse los pies en el arroyo y que tan bruscamente había huido! Estaba de espaldas, inclinada sobre una gavilla que ataba con una soga y no vió aproximarse al elegante cazador. Este llevaba la escopeta á la espalda, sujeta por una correa que le cruzaba el pecho. Se acercó á la niña procurando no hacer ruido y enlazóla la cintura con los brazos, exclamando: «¡Pícaruela, ahora no te me escaparás!» Y al mismo tiempo la dió un ansioso beso en el cuello, un poco más abajo de la oreja.

La niña volvió la cabeza para ver quién la asía y la besaba, y prorrumpió á gritar «¡Padre, padre!» pugnando al mismo tiempo por desasirse de los brazos del marqués. Este pretendió sujetarla; pero casi instantáneamente se presentó un hombre con una azada en la mano, saliendo de detrás de la hilera de olmos.

Era Pedro, el arrendatario del cortijo de los Almendrales, perteneciente al marqués. Miráronse ambos á cual más sorprendidos, y la niña, ya libre corrió á refugiarse al lado de aquél.

Pedro se adelantó, y sin quitarse el sombrero de paja de anchas alas que llevaba puesto, dijo con aspecto serio y voz firme:

—¿Qué ez ezto, ceñó marqués?

—Pues nada, hombre, sino... que...

—¡Ay, padre!, interrumpió la niña, gimoteando, ma cogió y ma dao un beso y el otro día ma sustó en el arroyo.

Pedro miró intensamente al marqués, que no sabiendo qué contestar y dijo:

—¿Es tu hija?

—Cí, ceñó, replicó el cortijero en el mismo tono serio y frío, es mi hija, y espero que ezto no güerva á susedé.

Y echándose la azada al hombro, tomó á la niña de la mano, y se fué con ella por detrás de los árboles.

Este incidente preocupó grandemente al marqués. Con el contacto con la niña, que de cerca parecióle aún más atractiva, alborotóse su viciosa sangre vigorizada con la vida del campo; pero por otra parte, su buen juicio y su natural delicadeza rechazaban aquellos deseos indignos. Ya sabemos que en materia de pasiones ó caprichos era el marqués un caballo desbocado, y á no mediar circunstancias especiales, tal vez hubiera insistido en sus malos propósitos con la tenacidad del que no está acostumbrado á sufrir contrariedades. Pero se trataba de una familia honrada. Prescindiendo de dificultades casi insuperables, ¿cómo podría llevar la perturbación al seno de aquella familia, hiriendo el corazón y la limpia honra de un hombre á quien apreciaba y á quien conocía desde niño? Sería una monstruosidad.

Conociéndose á sí propio, comprendiendo que si volvía á ver á la niña no sabría contenerse, se propuso no sólo evitarlo, sino también poner tierra por medio, si no conseguía olvidar sus vergonzosos deseos. A esta resolución obedeció, según es probable, una carta que escribió á su apoderado de Madrid, en la que había el siguiente párrafo:

«Donde ha ido el mar que vayan las arenas. Trate usted de vender, sea como sea, lo que tenemos en Córdoba, excepto el cortijo de San Rafael y la casa anexa, que esto lo conservaré siempre, en memoria de mi madre, que murió allí. Abrevie usted, y si es necesario trasládese á Andalucía; pues de su gestión depende el que yo salga de este destierro.»

Resistiendo á sus deseos, no sólo no fué el marqués al cortijo de Pedro, en donde supuso que sería recibido con recelo, á consecuencia del lance de los cañaverales, sino que además dirigía sus paseos y excursiones hacia la parte opuesta. Temía y deseaba volver á ver á la niña que tanto le había impresionado, pero persistió en sus buenos propósitos. Fuese efecto de su capricho contrariado, ó del natural aburrimiento que produce el campo á quien no está acostumbrado á vivir en él, lo cierto es que el marqués íbase cansando de su existencia pacífica y monótona. Pensó en esperar en Sevilla, donde tenía casa, ó en Jerez, en la de su tío, el resultado de las gestiones de su apoderado; pero siempre demoraba esta resolución, sin explicarse claramente el motivo. El recuerdo de la hija de su arrendatario no estaba tan vivo en su memoria, pero no se borraba por com-

pleto. Pensaba en ella largos ratos, y cuando de lejos veía á alguna chicuela en el campo, palpitábale violentamente el corazón. Sentía ó creía sentir que le faltaba algo. Así como el nostálgico, aun viviendo entre placeres en tierra extranjera, recuerda la patria contra su voluntad, echándola de menos para el complemento de sus satisfacciones, del mismo modo el marqués, preocupado siempre con el recuerdo de la niña cortijera, llegó á creer que en lo sucesivo no podría vivir satisfecho sin ella. Nada ni nadie, nunca le había preocupado tanto. ¡Una niña! Aquello era incomprendible. ¿Se habría perturbado su razón?

El marqués se hacía esta pregunta, sin tener en cuenta que, en lo que atañe á faldas, de largo tiempo la tenía perturbada; sino que jamás, como entonces, había tropezado con ningún obstáculo moral ó material.

Anduvo durante algunos días preocupado y caviloso. Por fin pareció tomar una resolución.

Hizo avisar á Pedro el cortijero para que fuese á verle. Presentóse éste en la quinta, el marqués le llevó á su cuarto, cerró la puerta de la sala, hizole pasar á su gabinete, cuya puerta cerró también, indicole que se sentara y se sentó á su lado.

Pedro, aunque respetuoso, estaba serio, tratando de disimular su recelo y sorpresa.

El marqués le miró un instante. Parecía como que buscaba palabras.

— Pedro, le dijo, no te extrañe lo que vas á oír y oyeme sin interrumpirme...

Pedro, aún más preocupado por el tono grave del marqués, hizo un movimiento en su silla.

— Se trata, prosiguió éste, de una cosa inexplicable. Se interrumpió, y luego repuso:

— Se trata de tu hija.

— ¡De mi hija!, exclamó el cortijero. ¿Y qué tenemos que tratá de mi hija?

— Pedro...

— Mire usía lo que va á isí, pué que dimpué le pese.

— Oyeme y no te alborotes. Lo que voy á decir, puede oírlo un hombre honrado.

— Norabuena. Iga usía, pero con toa claridá.

— Pedro, no puedo explicarte lo que me pasa, pues ni yo mismo lo sé. Sólo puedo decirte que desde que he visto á tu hija, no hago más que pensar en ella...

— ¡Ceñó marqués!

— No he tratado de volver á verla; á propósito no he ido al cortijo, como te había prometido; he dejado pasar tiempo para olvidar esta manía, me he conducido como hombre honrado, trato de marcharme, me he hecho mil reflexiones á mí mismo: todo ha sido en balde...

— Pero, ceñó, interrumpió Pedro, mirando con asombro al marqués, no pueo comprender á usía. Ci ce tratara de una joven, pesie á la distansia de la edá y de la clase, vamo, ya podría pasá. Un enamoramiento: ya he oído icí que ha habíó reyes que san enamoraó de pastoras y que san casao con eyas. Mie usía, aunque hubiá sío yo rey de España y de Fransiá y de Marrueco, me hubiá casao con Juana e Dios, por ensima de la cabeza del moro Musa; pero, ceñó, si mi hija tiene diez años, y hay que limpiala la moca toavía, ¿qué pue usía queré de mi hija?

— ¡Ay, Pedro, tú eres bueno, sencillo y honrado!, y yo..., yo estoy loco.

— Pue que sí.

— Tú, acostumbrado á verla, y viéndola con ojos de padre, no sabes lo que es tu hija.

— Cí, ceñó, una chicuela grasiosilla, viva como una pimienta, y más güena que er pan bendito... Pero en fin, no gastemos saliva, ceñó marqués. ¿Pa qué ma mandao osté á llamá?

— Voy á decírtelo, y no te extrañe. Partamos del principio de que no sé lo que me pasa por tu hija... ¿Cómo se llama?

— Soleá.

— Pues mira, Pedro, yo me voy de aquí y probablemente de España. Te digo esto para que no hagas malas suposiciones. Si Soledad fuese joven no habría caso: me casaría con ella si ella y tú consintierais, y aun sin tu consentimiento... Me voy, me conozco... Sé que no podré olvidarme de tu hija... Si me olvido, mejor; mas por si acaso, quiero llevarme una esperanza, en lo cual ninguno perderemos nada.

— ¡Malos mengues me yeven si entiendo ni pisca! ¿Qué esperanza, ceñó?

— Oye, Pedro, prescindiendo de mí, es una lástima la suerte que aguarda á tu niña: ella, ¡tan fina, tan delicada! Si parece hija de un príncipe...

— Pare usía los pies, ceñó, interrumpió el cortijero haciendo un mohín; eso que ice da como á entendé que mi hija no es mi hija, y que...

— No, hombre, no; no ha sido esa mi intención. He querido decir que Soledad merecía otra vida de la que la espera. Me hace el efecto de una mariposa metida en una colmena.

— Su vida será como la de su mare y como fué la de la mía. Mientra yo puea no la fartará na, y aluego se casará con un güen muchacho. ¿Que má?

— Para abreviar, Pedro, oye lo que te propongo.

— Iga usía y mire lo que va á isí.

— En primer lugar te regalaré el cortijo de los Almendrales...

— ¿A mí, ceñó?, exclamó el cortijero, dando un salto en la silla. ¡Regalarme á mí el cortijo de los Almendrales!

— Sí, hombre, sí.

— ¡Un cortijo que renta dies y ocho mil riales al año! ¡Que yo los pago!

— Mejor, así no tendrás que pagarlos.

— Pero, ceñó, le creo á usía mu cabayero pa quearse conmigo. Reflexione usía: el cortijo sería mi felisiá. Ambos á dos somos hombres formales, pero hay cosas que no puen sé; y si son, no pa güen fin...

— Con el solo fin de que á ti, que has sido mi compañero de niño, y á tu hija no os falte nunca de comer.

— Eso paece santo y bueno, pero...

— Te regalo el cortijo, no para torcer tu honrada voluntad, ¿entiendes, Pedro?, sino porque en primer lugar es la mía, y además porque eso que tú llamas tu felicidad corre riesgo de consumirse en mis manos en otras obras no tan laudables, y así al menos aseguraré la suerte de una familia.

El cortijero no sabía qué decir; desde que concibió la posibilidad de aquella fortuna, estaba como atontado.

— Ahora, repuso el marqués, oye lo que te propongo respecto á tu niña.

Estas palabras devolvieron en parte su lucidez al honrado campesino, escamado como estaba en lo tocante á los proyectos de aquél.

— Tu hija Soledad recibirá educación en un colegio de Sevilla, en el mejor...

— ¿Mi hija en un colegio?

— Sí, hombre. ¿De qué te admiras? No será la primera de su clase que se eduque allí. Hay muchas, y habría muchas más si sólo dependiera de la voluntad de sus padres.

— Ya, pero...

— Excuso decirte que todos los gastos corren de mi cuenta. Tu hija entrará de interna, y permanecerá allí hasta salir perfectamente educada.

— ¿Y quiere usía, dejando aparte otras cosas, que yo y mi mujé y la agüela nos separemos de Soleá?

— Os separaréis por su bien. Además no hay tal separación. Sevilla está un paso, podréis verla cuando queráis y ella podrá pasar temporadas á vuestro lado. Sólo habrá una diferencia: en vez de andar como ahora expuesta á la intemperie, á las groserías de la gente de pueblo y á otras contingencias, estará allí recogida, sin que nada la falte hasta que llegue á hacerse una joven de provecho. ¿No estás conforme, Pedro?

El cortijero no carecía de cierta inteligencia unida á la malicia de todos los campesinos de todas partes. Quedóse mirando con fijeza al marqués, como queriendo penetrar sus intenciones.

— Adivino lo que piensas, prosiguió éste. ¿Desconfías de mí? Te repito que yo me marchó á Madrid, probablemente más lejos, dentro de unos días. Además, como es natural, tú has de presentar á tu hija en el colegio, y puedes dar á la directora las órdenes que quieras con respecto á ella, y hacerle las advertencias que tengas por conveniente. Infórmate de lo que es el colegio de Mme. Ransau, y ya verás lo que te dicen.

— Bueno, ceñó, dijo Pedro dando vueltas al sombrero que tenía en la mano, lo cual era en él señal de preocupación. Too eso que usía ice está mu bien. Doy por hecho que mi niña va ar colegio, y que sace ayí superferolítica, y que sale dayí hecha una damisela de mistó. ¿Pa qué?

— ¿Cómo que para qué? Debías haberlo comprendido, pues ya te lo he indicado: para ser marquesa de Criptana, si no me he casado, ni me olvido de ella, y si ella no se niega.

— Várgame Dios, ceñó, ¡lo que somos los hombres cuando se nos mete una coza entre ceja y ceja!

— ¿No dices que ha habido reyes que se han casado con pastoras?

— Cí, ceñó; pero esos son tan raros como el ave finis. En cuanto usía se largue de aquí, si te vi no ma acuerdo.

— Bueno ¡y qué habrá perdido? Aun cuando no me case con ella, ¿dejará de ser Soledad una joven bien educada y con algún dote?

Estas razones eran convincentes. El marqués reforzólas con otras que no es necesario mencionar. El cortijero estaba conforme en su fuero interno, porque el argumento del regalo del cortijo era casi irresistible. Oyó á aquél en silencio, dando vueltas al sombrero, y cuando hubo acabado dijo:

— Tiene usía un pico doro capaz de convencé á la Girarda é Seviya. Pero yo zoy un zote. Juana e Dios es más lista que un gerifalte, y la agüela no digo na: lee de corrió y se las tiene tiesas con el ceñó párroco e Coria. Les diré lo que usía ma dicho, y avé lo que piensan.

— Está bien, Pedro; consulta con quien quieras, y hazme saber pronto tu decisión.

El cortijero salió de la quinta muy pensativo. Hallábase en el estado de un jugador de lotería, que ha visto su número agraciado con un gran premio en la lista que publica *La Correspondencia de España*, que como raras veces está equivocada, puede considerarse como oficial.

El probable matrimonio del marqués con su hija, como cosa remota le preocupaba en segundo término. Lo inmediato, lo más seguro, lo que le trastornaba el seso, era la posibilidad de llegar á ser dueño del cortijo de los Almendrales, por el que él pagaba diez y ocho mil reales de arrendamiento, dejándole apenas cinco mil de producto líquido: ¡ser propietario, tener asegurada su suerte y la de su familia!, esto era capaz de preocupar á un santo de piedra.

Llegó á su casa, alejó á la niña, llamó á su mujer y á su suegra, encerróse con ellas, y les espetó á quemarropa las proposiciones del marqués.

Las mujeres se quedaron tan estupefactas que no acertaban á pronunciar palabra. La primera que rompió el silencio fué la cortijera. Efecto de la maternidad y del sexo, lo que más labró en ésta fué la idea de que su hija llegara á ser marquesa de Criptana. Así es que encarándose con su marido, y con acento tan cerrado como el de él, le preguntó:

— ¿Pero no te dequivocas?, ¿has entendío bien al ceñó marqués?

— Pus qué, ¿zoy yo algún queso? Además, la coza ez clara y él ha machacao de lo lindo.

— ¿De manera que que casarse con Soleá?

— Claro. Si no, ¿á qué venía lo del colegio y el regalarnos el cortijo? Paese sé que la chiquiya se la montao en las narises. Ise que tiene aire de no sé qué y que no paese hija mía. (Y luego añadió en tono socarrón y guiñando un ojo): Eso, Juana e Dios, tú lo sabrás.

— ¡Qué he de sabé yo, mardesió!..., exclamó la cortijera, levantándose con tal violencia que hizo caer al suelo el taburete en que estaba sentada. Mira, ni en bromas ni en veras me igas ezas cozas. Ni tú, ni el marqués, ni toos los condeses der mundo, ni er nunsio que está ahora en Seviya, ni nadie, puen hablá na de mí: ¡pues no fartaba más!.. La hija de mi mare...

— Vamo, mujé, no te sofoques, interrumpió Pedro, abrazándola por la cintura y estampando en su mejilla un sonoro beso. El ceñó marqués no lo ha dicho con mala intención.

Sosegada Juana de Dios hubo conferencia, en la que la abuela apenas tomó parte. Era ésta una labriega retraída, mística, de pocas palabras, y que sólo se ocupaba en enterarse de los demonios que hay en el infierno.

De la conferencia resultó lo que había de resultar mediando un cortijo á la vista y un marquesado en lontananza.

XV

El colegio en que ingresó en clase de interna la niña Soledad era el mejor de Andalucía. Estaba establecido en la calle de las Palmas, de Sevilla, y dirigido por Mme. Ransau, señora francesa, fina, inteligente y de una moralidad á toda prueba. En menos de tres años acreditó su establecimiento de enseñanza, y tuvo tantas pensionistas, que vióse obligada á ensanchar su local y á aumentar el número de maestras y profesores. Recibíase allí una educación sólida y esmerada, en conocimientos útiles y artes de adorno, unido todo esto á un régimen casi monacal.

El marqués de Criptana tuvo el buen gusto de intervenir lo menos posible en la instalación de la niña cortijera en el colegio de Santa Genoveva, que así se llamaba en recuerdo sin duda de la patrona de París; limitándose á subvenir con largueza á todos los gastos. A los pocos días de haber dejado aquélla el cortijo de los Almendrales, trasladóse el marqués á Jerez, y haciendo breves excursiones á Cádiz y Sevilla, esperó en casa de su tío el resultado de las gestiones de su apoderado general. Un mes después y cuando ya comenzaba á aburrirse, como se aburría en todas partes, recibió carta de éste.

He aquí el párrafo más importante:

«Después de activas gestiones, en el punto mismo de la localidad, he conseguido vender la huerta y los dos cortijos de Córdoba. El negocio no ha sido muy brillante que digamos, pues solo el cortijo del Avelano producía siete mil pesetas de renta. Pero ¿qué

hacer para cumplir las apremiantes órdenes de V. E. Y milagrosamente he encontrado comprador en el señor duque de H..., que tiene caserío y prados colindantes con el cortijo.

»Tengo, pues, á disposición de V. E. treinta y cuatro mil trescientos duros, producto de estas ventas.

»Ahora bien: habiendo regalado V. E. á Pedro Ortiguela el cortijo de Coria del Río, sólo nos quedan el de San Rafael, en Córdoba, que V. E. ha tenido á bien conservar, y las dos casas patronímicas de Madrid y Sevilla.

»Aquél da poco qué hacer, y éstas no tienen más inquietud que V. E., cuando las habita, y sólo resta á V. E. despedirme, puesto que ya nada tengo que administrar, y á mí buscar una ocupación cualquiera que me consuele de la pena de ver deshecho el patrimonio de Criptana.»

El marqués leyó estas líneas bastante emocionado, y sin duda para sobrellevar el disgusto de su ruina, determinó, según su habitual costumbre, hacer un viaje al extranjero. Despidióse de sus tíos de Jerez y Sevilla, sin hablarles de asunto alguno desagradable; permaneció una corta temporada en Madrid, y algunos días después transpuso la frontera de Portugal, país que no conocía.

No sin lágrimas y gimoteos, y á fuerza de mimos y halagos, ingresó Soledad, la niña del cortijo, en el colegio francés de Sevilla. Durante muchos días la escarbajeó en el corazoncito el recuerdo de su familia y de la vida campestre á que estaba acostumbrada. Por fin se sosegó, y fué tomando gusto á la tan distinta que hacía en el colegio, en donde los profesores eran amables y en el que tenía tantas compañeras de juegos infantiles. Además sus padres venían á verla frecuentemente, y ella pasaba en el cortijo el primer domingo de cada mes.

Soledad demostró rara aptitud para toda clase de estudios, labores y artes de adorno, sobresaliendo en la del dibujo. Era una niña impetuosa y reflexiva á la vez, que se entregaba con igual ahinco al juego que al trabajo. Mme. Ransseau, la directora, estaba encantada con ella y la citaba como modelo á las otras educandas. Excusado será decir la satisfacción y orgullo de sus padres por tan felices resultados. Cuando recibían en su casa á su hija, que íbase transformando en una perfecta señorita, á Pedro y á Juana de Dios se les caía la baba. Sólo la abuela no parecía enteramente satisfecha, y cuando la niña la relataba sus estudios y ocupaciones, solía decirle meneando la cabeza:

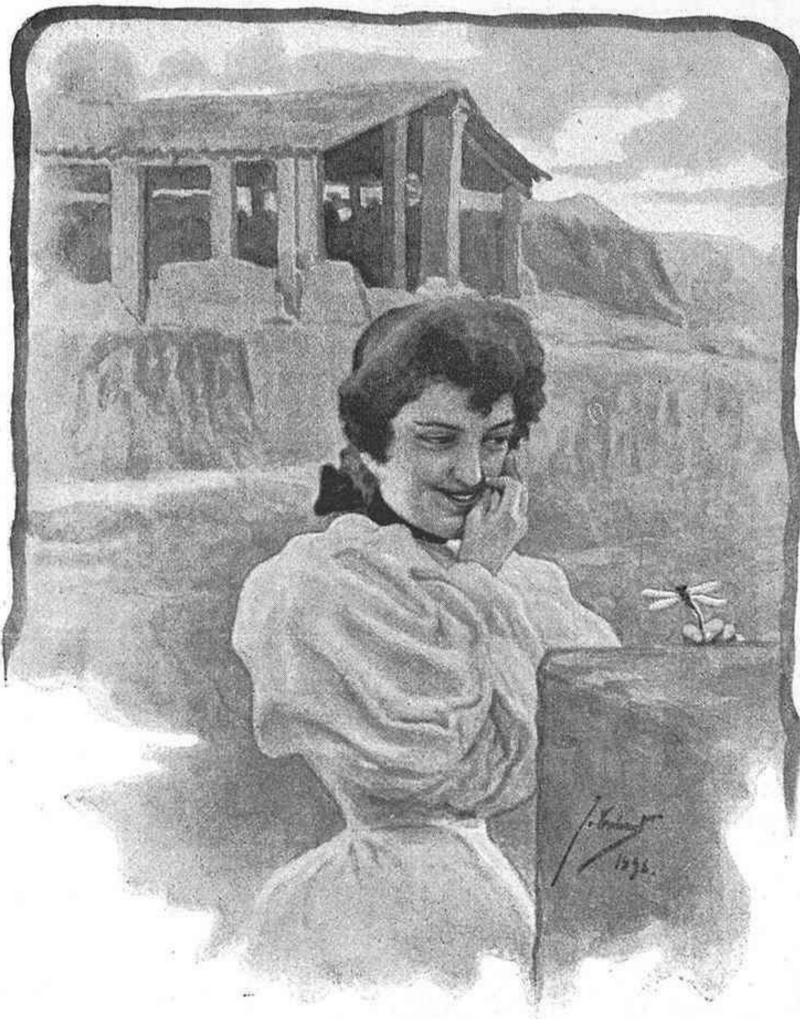
«Todo eso está bien; pero no olvides el temor de Dios, que es lo principal.»

Tres años después que Soledad, entró de interna en el colegio de Santa Genoveva una hija del conde de Lebrín, tío del marqués de Criptana, á la que sus compañeras apodaron *la Zangolotina* porque rayaba ya en los quince años de edad. No obstante la diferencia de clases, Dorila, que así se llamaba la nueva educanda, y Soledad hicieron amigas íntimas; y hubo razones para que así fuera. En primer lugar eran las dos mayores del colegio, y además supo aquella que Soledad se educaba allí á expensas de su primo el marqués de Criptana, y aunque precocemente maliciosa, no era posible que adivinara los móviles que habían inducido al marqués á hacer lo que ella suponía una obra de caridad. Soledad atrajo á Dorila, no sólo por su gracia, alegría y despejo natural, sino que también por la idea de esta protección de su guapo y elegante primo.

Porque la joven aristócrata, que era enteramente árida de corazón y no quería á nadie, ni aun á su padre, sintió desde la niñez una admiración apasionada por el marqués de Criptana, que la fascinaba con sus elegancias y hasta con las calaveradas que oía contar de él.

El marqués era su bello ideal y los demás hombres parecíanle ridículos ó groseros. Aunque su primo sólo se presentaba á largos intervalos en Andalucía, la caprichosa niña no le olvidaba nunca, y siempre que volvía á verle se renovaba su pasioncilla. Huérfana de madre desde muy niña, viviendo al lado de su padre el conde de Lebrín, que era un viejo verde, tonto y descuidado, Dorila había recibido una educación pésima, ó mejor dicho, no tenía ninguna; así fué que cuando la edad la permitió fijarse en su ignorancia, ella misma pidió ingresar en el colegio francés para adquirir los conocimientos indispensables á una joven de su clase. Dorila tenía una inteligencia supe-

rior, gracia y distinción nativas, y carácter altanero y dominador, como acostumbrada á hacer siempre su omnimoda voluntad. Su padre se doblegaba á todos sus caprichos, con tanto más motivo, por cuanto vivía espléndidamente, merced á la legítima materna de su hija, que constituía una gran fortuna. La señorita de Lebrín, como la llamaban en el colegio, siguiendo la costumbre francesa de nombrar por el título nobiliario de su casa, fué una niña mala, y desde joven prometía ser una mujer peligrosa. Sus salientes eran la obstinación y el rencor; no olvidaba nunca ni el más ligero agravio, y se valía de perseverante astucia para alcanzar el fin que se proponía.



Soledad pasaba también algunas fiestas en el cortijo de los Almendrales

Por esto desde que rayó en la adolescencia, su continua preocupación fué su primo el marqués de Criptana y se propuso como objetivo el casarse con él. ¿Por qué medios? No los sabía; pero cada vez que oía decir que su primo se arruinaba rápidamente, creía ella más realizable su esperanza.

Tal era Dorila: apasionada, tenaz y calculadora á la edad en que otras jóvenes sólo piensan en galas y frivolidades. Y este desarrollo moral se revelaba en su parte física: era alta, rubia, con formas y encarnación de matrona, con la nariz un tanto prolongada por la precocidad del pensamiento, con el labio inferior sensualmente caído, con seno de mujer y con ojos provocativos de un azul acerado.

Resultaba hermosa, elegante, casi imponente, y por lo tanto poco juvenil: representaba algunos años más de los que tenía.

Pronto se hizo dueña del colegio. Aprendía sin esfuerzo cuanto se proponía. Hacía sentir sin afectación la superioridad de su clase y de su inteligencia: hasta la directora, Mme. Ransseau, que era mujer nada vulgar, sufrió aquella influencia dominadora. Porque Dorila dominaba y atraía á la vez, por su natural gracejo y por la insinuante expresión de su palabra fácil y llena de brillantes locuciones.

Soledad fué la primera en sentir y admirar la superioridad de su nueva amiga, y con la ingenua expansión, que era la base de su carácter, agradeció la preferencia que parecía demostrarla. La joven aristócrata había elevado á su nivel á la niña campesina, y esto era más que suficiente para ganarse aquel corazón fino y delicado.

Dorila no sólo atraía, sino que fascinaba á Soledad, que desde un principio se sometió gustosa á aquella fascinación que tan fatal había de serle en lo sucesivo.

La señorita de Lebrín pasaba todos los días festivos fuera del colegio. Por la mañana venían á buscarla en un carruaje blasonado y resplandeciente su padre el conde de Lebrín ó bien una antigua ama de llaves que habíala servido de aya. Un día Dorila pidió permiso á la directora para llevarse á Soledad,

pero Mme. Ransseau le dijo en tono que no admitía réplica:

— Perdone usted, señorita, tengo órdenes terminantes: Soledad no puede salir del colegio más que con sus padres ó conmigo.

La señorita de Lebrín, los días que salía, volvía á la pensión por la noche: sólo en dos ó tres ocasiones se quedó fuera. Soledad pasaba también algunas fiestas en el cortijo de los Almendrales, y al día siguiente á estas salidas ambas amigas se comunicaban sus impresiones. La niña cortijera tenía poco que contar; Dorila, en cambio, se despachaba á su gusto, como suele decirse, y entretenía y admiraba á Soledad con el animado relato del empleo de su tiempo fuera del colegio. Había hecho visitas, ó paseado en carruaje por las Delicias, ó asistido á una carrera de caballos, cacería de liebres ó *matinée* en el casino, y describía todas estas cosas con frase gráfica y viva. Soledad la oía embelesada, abriendo nuevos horizontes á su imaginación y á sus deseos.

Alguna que otra vez Dorila hablaba de su primo el marqués de Criptana, poniéndole como tipo del cumplido caballero. Su amiga la oía en silencio, y por pudor inconsciente, nunca refirió sus dos primeros encuentros con el marqués. Dorila, que era sagaz, notó la frialdad de aquella hacia su protector, pero achacóla al infantil carácter de Soledad.

Transcurrieron tres años. La niña cortijera, que iba á cumplir los diez y seis, había transformado en una perfecta señorita. Nada le faltaba: sabía todo cuanto se enseñaba en el colegio, y con el roce de Mme. Ransseau, que era una mujer verdaderamente distinguida, y de Dorila, modelo de elegancia, había adquirido todas las filigranas necesarias á una joven fina. Un año antes Dorila, que ya tenía diez y ocho años, había dejado la pensión francesa, pero venía con frecuencia á ver á Soledad y á la directora.

Pedro el cortijero y su mujer Juana de Dios comprendían que ya era tiempo de sacar á su hija del colegio; pero como ésta se hallaba á gusto en él, lo iban demorando hasta tener noticias del marqués, cuyo apoderado pagaba puntualmente los trimestres de la pensión.

Un día Dorila fué á ver á Soledad, y le dijo con vehemencia:

— ¡Gran noticia!

— ¿Cuál?, preguntó Soledad, sorprendida del tono de su amiga.

— Mi primo está en Andalucía.

— ¿El señor marqués de Criptana?

— Sí, yo no le he visto. No se ha detenido en Sevilla, ha ido directamente á Jerez á ver á nuestro tío.

XVI

En efecto, después de cerca de seis años de ausencia, en el de 1859 el marqués de Criptana regresó del extranjero, detúvose dos días en Madrid, y sin pararse en Sevilla se presentó en Jerez en casa de su tío D. José Lozano y Ponce, que aún se conservaba bien, á pesar de su avanzada edad. Sólo en el volumen había variado: de sumamente delgado había sido transformado en extremadamente grueso, lo cual obligábase á hacer una vida muy sedentaria. Recibió á su sobrino con los brazos abiertos, y se le quedó mirando con atención.

— ¡Caramba, Joaquín, le dijo, no pasa día por tí! ¿Has encontrado el elixir de la eterna juventud?

— ¡Ah, tío, esto no es más que fachada! Por dentro me siento algo averiado. Además no me has mirado bien, ya tengo canas, y no pocas.

Con efecto, en la cabeza y sienes del marqués se notaban algunos hilos plateados. Por lo demás seguía siendo el guapo y elegante caballero de siempre.

— ¿Qué años tienes?, le preguntó su tío.

— Voy á cumplir treinta y seis, contestó el marqués exhalando un suspiro de broma.

— No son muchos que digamos, pero ya debías pensar en recogerte algo.

— No tengo que pensarlo, la fortuna se ha encargado de ello: estoy cogido, recogido y achuchado en las tablas.

— Ya lo supongo, cuando te veo por estas latitudes. ¿Liquidaste?

— Casi por completo. Me quedan mil quinientas pesetas de renta de un cortijo en Córdoba que me reservo para morir en él, como mi madre.

(Continuará)

PELAR LA PAVA

A los veinte años estar al pie de una reja es la suprema de las dichas. El que no ha pasado en Andalucía una noche de claro en claro cerca de alguna Dulcinea de negras trenzas y de seno cubierto con pañuelo de espuma, ni sabe lo que es querer ni lo que son flores, como dicen en la tierra de María Santísima.

Las noches de mayo y junio, claras hasta el extremo de poder leer á la luz de la luna las rimas de Bécquer en ediciones *diamante* — si las hubiera, — parecen hechas á propósito para *pelar la pava*. Los andaluces no le dejan ni una pluma en el mes de las flores ni en los demás meses del año: por eso suele durar la operación hasta que apunta el alba.

Todos saben lo que se llama en el Mediodía de España *pelar la pava*: es hablar á solas con una mujer en la reja, y aunque jamás parezcan el ave ni los despojos, es el caso que esta empresa tiene cuatro bemoles, y para el profano dificultades de gran cuenta. La primera y principal consiste en tomar posesión de la tierra prometida, ó lo que es lo mismo, de la calle en que habita nuestro adorado tormento. Hay que clavar, como Colón, el estandarte en los linderos del Nuevo Mundo; llevar, como Núñez de Balboa, el agua al cuello y blandir la espada en señal de dominio; levantar cruzada contra las lenguas de las comadres del barrio, como Pedro el Ermitaño, y quemar las naves, como Hernán Cortés, cuando hay rivales en la acera de enfrente.

Cumplidas estas primeras pruebas materiales de iniciación, comienzan las pruebas de orden moral, que son á veces más terribles y dificultosas; porque en efecto, ¿cómo comprender que un amante permanezca horas enteras al lado de su amada, en las soledades de la reja, sin tocar una sola hebra de sus trenzas ni un solo dedo de su mano?

Tal es la prueba suprema. La luna penetrando por los resquicios de la celosía color de esperanza, deja caer atrevidamente sus rayos sobre un cuello de cisne ó sobre una frente nacarada; ¡pícara luna, que así puede entrar y salir en el paraíso! El novio que *pela la pava*, ó lo que es lo mismo, que suele poner de *ropa de pascua* á la luna y á las estrellas, bebe, absorbe, aspira los efluvios de aquel tesoro vivo cuyas piezas de plata cuenta sólo en el pensamiento y siente sólo el frío contacto de los hierros de la ventana al separar el embozo de las cejas.

Hay novios que no hablan, que se entretienen en deshojar flores, ensartar agujas ó hacer pajaritas de papel; éstos, y los que hablan del tiempo, de la música y de los sermones de tres horas, son los que en realidad tienen conversaciones más interesantes con el alma y con los ojos.

Los interlocutores se distraen frecuentemente; entonces es cuando pelan la pava con todas las reglas del arte. Para ello hay que enlazar las manos de los operadores, según el testimonio de un Ovidio andaluz á quien procuro seguir en estos detalles. *Su mano entre las mías*, etc., dijo un poeta refiriéndose á esas conversaciones sin palabras que tan profunda huella dejan en la memoria.

¡La reja, ah, la reja! El pincel puede emplearse en ella cumplidamente. Una graciosa cabeza de mujer que asoma entre los hierros pintados de verde; un torso envuelto en los airosos pliegues de una capa; el tiesto de flores del tiempo que esparce sus suaves aromas; la hiedra que trepa hasta el dintel dejando en las maderas festones de sombras; el humo del cigarro, y en fin, la chispa de fuego que brilla en la penumbra, como para dar á conocer que no hay humo sin fuego ni amores sin humo, forman ese misterioso cuadro de tinieblas y luz que sólo puede copiarse en Andalucía cuando la tarde cae y se pela la pava.

Basta contemplar una de esas ventanas, remedo del morisco mucharabieh, cuyas discretas celosías y cruzados hierros están acariciados por rosales y plantas trepadoras, para adivinar que son aras consagradas al Amor, altares en que se sacrifican á veces blancas palomas.

Ante ellas suele desarrollarse el drama de los celos y lucir en ocasiones esa arma terrible que usa el andaluz y que hiere con la celeridad del rayo: la navaja.

La impresión que causa en nosotros una reja desierta en la cual hubiéramos visto transcurrir esas horas rápidas que el amor anima y abriga, es semejante á la que experimentaría el esposo al contemplar la alcoba abandonada y la madre al mirar la cuna vacía. Hay siempre en ellas cifras y notas imperceptibles para el profano, pero vivas y palpitantes para el que recuerda; sombras queridas vienen siempre á apoyarse en los hierros ó á reclinarsse tras las persianas ó los tiestos de flores. — B. M.



Pelando la pava, cuadro de Juan García Ramos

JULIO SIMÓN

Aunque no siempre la laboriosidad y la honradez obtienen en la vida social su justa compensación ó recompensa, no por eso dejan de existir ejemplos que pueden servirnos de emulación para amoldar á esas dos esenciales cualidades los actos todos de nuestra existencia.

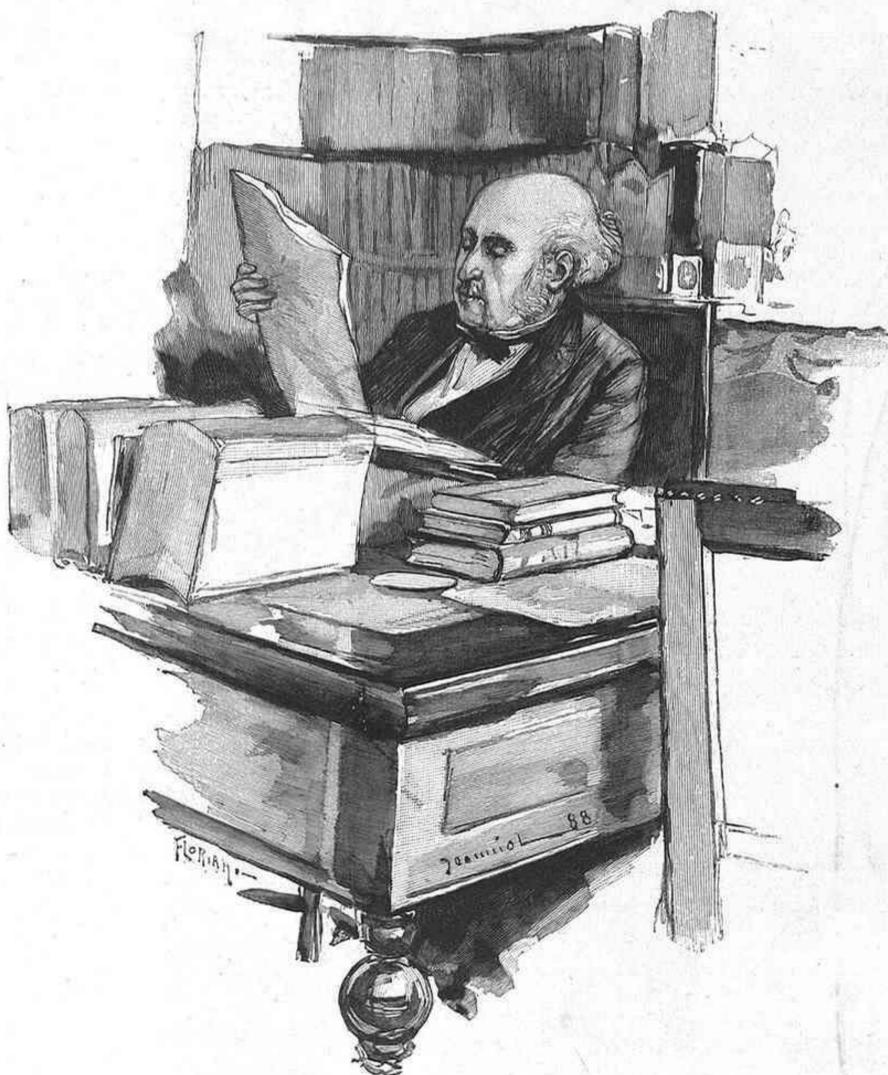
Tales debieron ser indudablemente los lemas que en su imaginación concibió y alimentó Julio Simón al comenzar su carrera en 1838 como modesto profesor normal, precisamente en la misma Escuela en donde ingresó como alumno cinco años antes. A partir de aquella fecha ha sido la vida del ilustre estadista, del sabio filósofo y del pulcro escritor una no interrumpida serie de triunfos, una continuada sucesión de honores, que guarda relación con su consecuente apego á los ideales político-sociales que sustentara desde sus juveniles años, con su laboriosidad y con el respeto y consideración que mereció de sus conciudadanos. Fué todo lo que podía ser: todo á lo que puede aspirar quien alimenta nobles ambiciones. Profesor, conferenciante, catedrático en la Sorbona, publicista, diputado, senador, ministro, académico. De ahí que su vida se halle tan íntimamente ligada con los acontecimientos desarrollados en la vecina nación durante gran parte de este siglo, en los que fué actor y testigo, elevándose unas veces hasta los más altos puestos ó descendiendo de ellos para confundirse en la masa común. Vencedor ó vencido, saboreando las delicias del triunfo ó las amarguras de la desgracia, desarrollando sus ideas político-sociales en la tribuna ó velando su alcance en el periódico ó en el libro, pero convertido siempre en apóstol, siempre alentado por iguales propósitos, que se confundían en sentimientos tan nobles cual lo son el amor á la patria y á cuanto pueda honrarla y engrandecerla.

Nacido en Lorient en 1814, empezó en Vannes sus primeros estudios, que continuó después en su ciudad natal, bajo la dirección del célebre Cousin, de quien llegó á ser suplente en su cátedra de Filosofía.

Elegido diputado en 1848, dióse á conocer ya como notable orador y discretísimo periodista, iniciando el programa que había de ser la síntesis de su vida política. Redactor del *National*, Consejero de Estado, catedrático de Filosofía, en todos los cargos que desempeñó dióse á conocer siempre como amante de las libertades de su país, ya colocándose frente á frente del fogoso Montalembert, combatiendo el golpe de

yade de hombres ilustres á quienes tanto debe Francia y que constituyen sus más preciadas glorias.

El mejor elogio que de él puede hacerse, consiste en consignar que después de haber ocupado los más altos puestos, de haber trabajado durante toda su vida, ha muerto pobre, legando á sus hijos un nombre honrado, un apellido ilustre, que Francia recordará con el respeto y consideración merecidos. — Ll.



JULIO SIMÓN, de la Academia Francesa

Estado de diciembre y la política del imperio, cuyos esfuerzos le condujeron á la pérdida de su cátedra de la Sorbona.

No por ello se amilanó Julio Simón. Antes al contrario; imposibilitado de exponer sus ideas en la cátedra ó en la tribuna, transfiriólas al libro, publicando una serie de obras que le acreditaron como escritor notable y eximio publicista.

Otra vez, en 1863, el voto popular condújole al Parlamento, donde su elocuente palabra supo hallar conceptos admirables para defender todas las libertades unido á Thiers, Julio Faura y Picard, siendo uno de los que con más energía se opuso el 15 de julio de 1870 á la fatal declaración de guerra que tantas desgracias había de producir á la vecina nación. El 4 de septiembre entró á formar parte del gobierno de la Defensa Nacional, desempeñando después el ministerio de Instrucción pública, durante cuya gestión planteáronse útiles reformas, sin que por ello dejara de tomar activa parte en la discusión política del país. Difícil sería reseñar, siquiera fuese someramente, los hechos en que tanto se distinguió, ya como ministro, ya como diputado y aun como presidente del Consejo: baste consignar que en todos los acontecimientos manifestóse lo que había sido siempre; esto es, sincero y honrado.

En 1875 ingresó en la Academia Francesa, desempeñando desde 1863 el cargo de Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias morales y políticas.

Discreto y concienzudo pensador, estadista sincero, erudito, estilista de primer orden, correcto orador, honradísimo ciudadano y amante esposo y cariñoso padre, formó parte Julio Simón de esa plé-

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia)

SOR CLEMENCIA

novela de costumbres por ENRIQUE PEREZ ESCRICH

AUTOR DEL MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA: Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor**, la **Coloración** y la **Energía vital**.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigr en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES DEL PECHO** y de los **INTESTINOS**.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

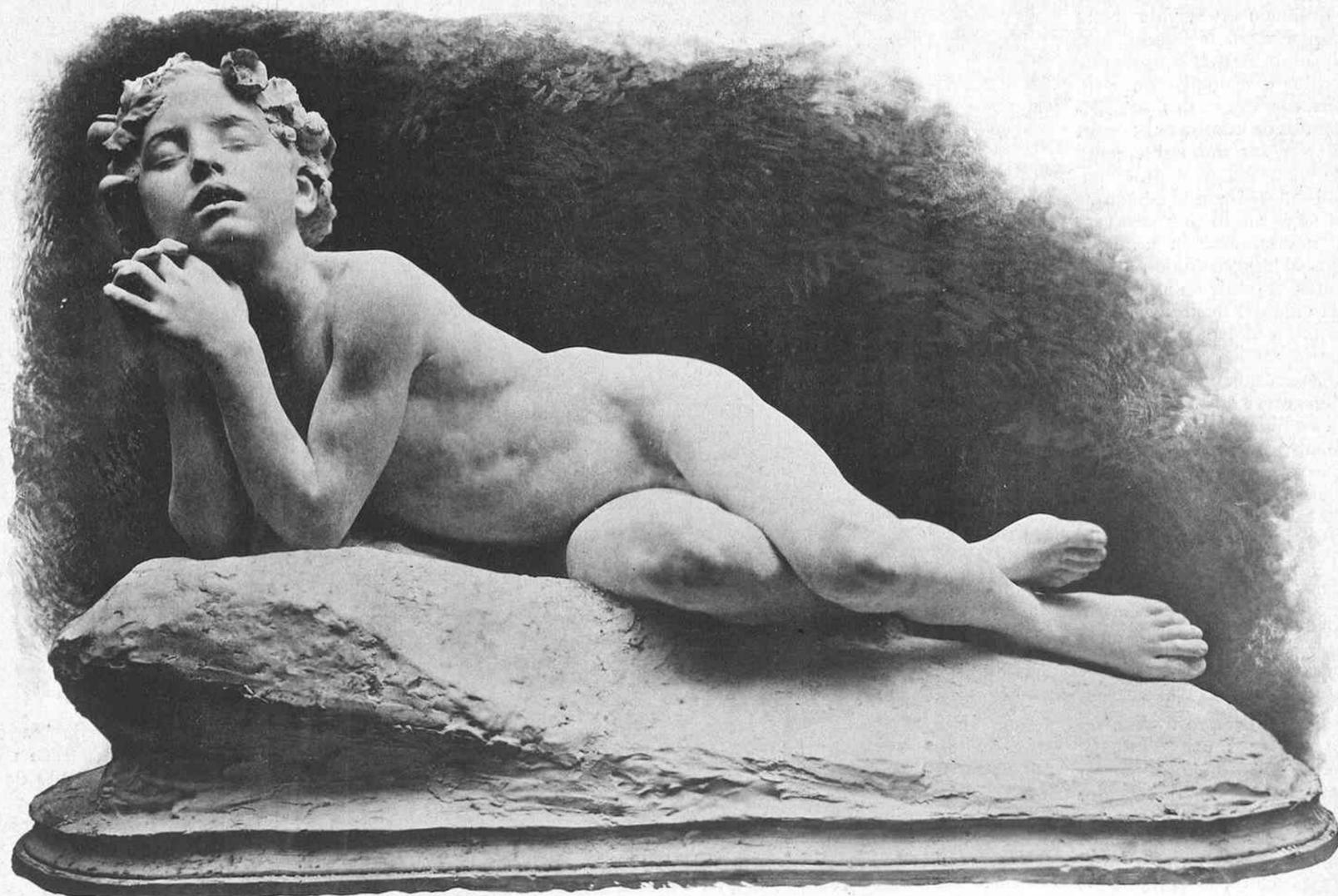
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

CARRERAS-CAZA

EMBROCACION MÈRE de Chantilly

INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS

FOLLETO FRANCO MÈRE FARM-ORLEANS



Morfeo, estatua de Juan Solá y Vilabella
(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL DE LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOÛZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y Cia, Fcos, 102, R. Richelieu, Paris.

Jarabe de Digital de LABELONYE
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la Sa^d de F^{ia} de Paris
LABELONYE y Cia, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S⁻Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Cia, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria